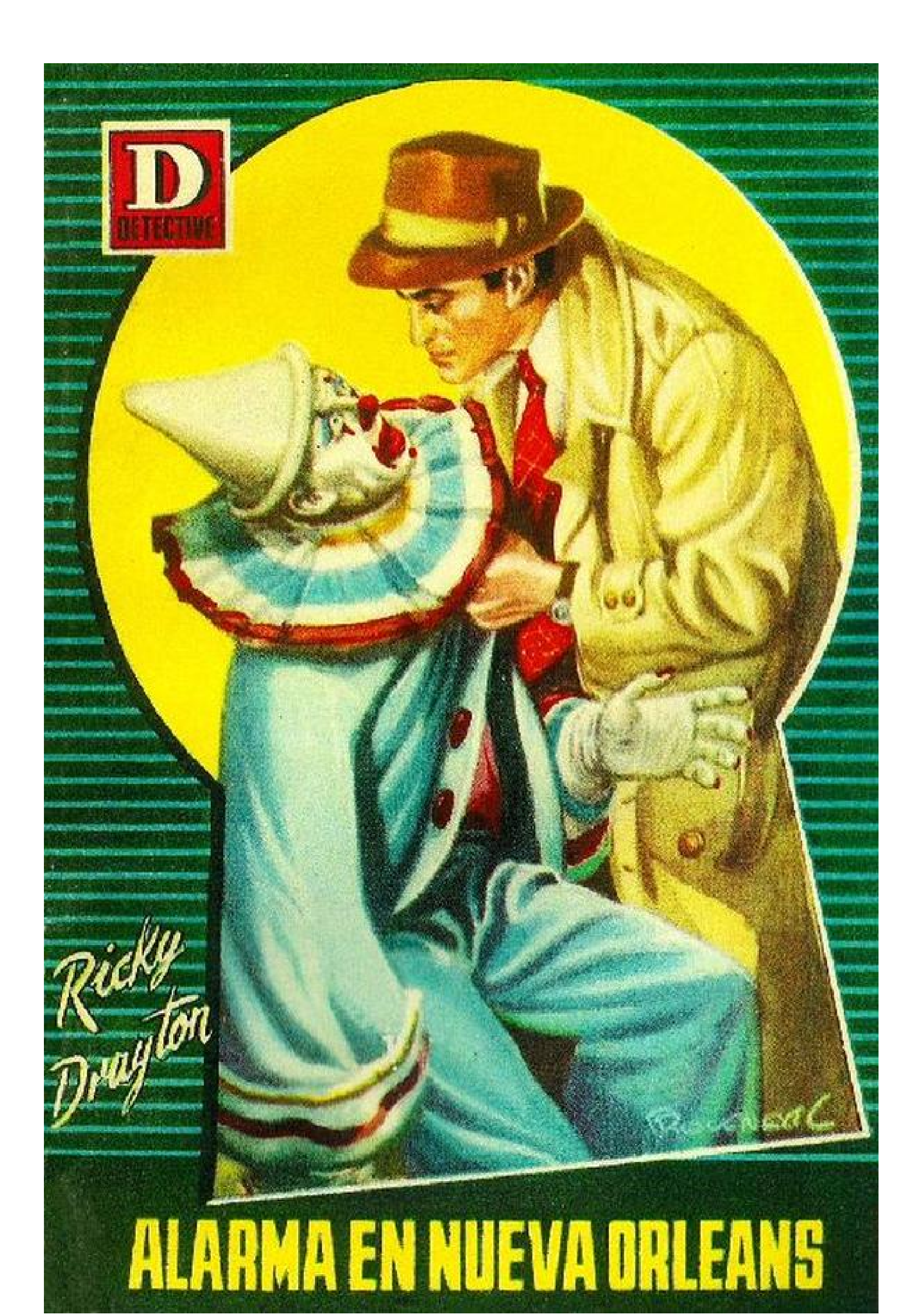

D
DETECTIVE
Ricky Drayton
ALARMA EN NUEVA ORLEANS

RICKY DRAYTON

ALARMA EN NUEVA ORLEANS

1ª EDICIÓN
NOVBRE. – 1952



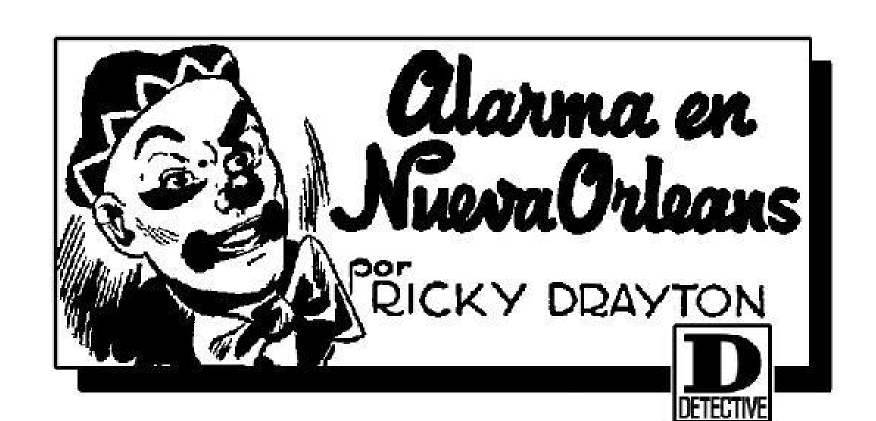
EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TÍTULO ORIGINAL:

THE HEAT'S ON

VERSIÓN CASTELLANA DE:
J. Pané Argelich

PRINTED IN SPAIN
Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona


Alarma en
Nueva Orleans
por RICKY DRAYTON
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

El foco de luz blanquiverdosa hizo destacar la esbelta figura femenina encima del tablado, a bastante altura del mar de rostros pálidos que miraban atentamente. Sonaron los tambores. Yo, soy un espectador empedernido de los espectáculos circenses —debo de haber visto más de un centenar de ellos— pero nunca dejo de experimentar el mismo estremecimiento de emoción cuando el equilibrista pone el primer pie tanteando el alto y tenso alambre. Se produce entonces un silencio solemne en aquellos millares de personas que retienen el aliento, y se oye luego un suspiro unánime en cuanto se ha iniciado el peligroso viaje sobre un vacío escalofriante, puesto que, tal como se ha anunciado, no existe red alguna para el caso de caída.

El apretado pantalón de brillantes estrellas lanzaba destellos multicolores mientras la joven avanzaba lentamente por el centro del alto alambre. Una vez se ladeó, perdiendo casi el equilibrio; yo dejé de respirar con una sensación de agonía, lo mismo que el resto del público. Nadie se movía, excepto la frágil figurilla flotando en lo alto, cerca del techo central. Hasta los payasos en la pista habían suspendido sus graciosidades y miraban hacia arriba, demacrados los rostros bajo su maquillaje blanquinegro.

Los tambores redoblaron de nuevo. Una voz nasal resonó en el altavoz:

—¡La gran Stella Carolla intentará ahora una gesta jamás realizada por ninguna otra equilibrista!

Los tambores retumbaron otra vez hasta formar un sonoro *crescendo*, y la voz del *speaker* continuó:

—Ahora va a ejecutar un salto mortal hacia atrás en el aire, para posarse de nuevo sobre el alambre. ¡Tengan la bondad de notar que

Signorina Carolla desprecia el uso de la red de protección para ese difícil y peligroso número!

La voz se interrumpió pero en su lugar quedó el zumbido del altavoz. Luego, también éste enmudeció. Callaron los tambores. En el mundo no había otra cosa que la esbelta figura de vestidura brillante, que evolucionaba sobre nuestras cabezas. La joven dobló las rodillas y movió los brazos hacia atrás. Repitió el gesto con los brazos y dio el salto rodando hacia arriba como un dólar de plata, lanzando destellos de luz. Por un segundo pareció colgada en el espacio cual una estrella en el cielo. Luego descendió, enderezándose, apuntando los pies al alambre. Apoyó uno, se abalanzó y agitó los brazos como si quisiera coger puñados de espacio. El cable, que se había combado bajo el peso de la muchacha, tensóse otra vez, vibrando como una cuerda de guitarra. Un millar de voces chillaron al unísono, pero el alarido de Stella Carolla fué el más agudo de todos. Cayó vertiginosamente retorciéndose en el vacío sin dejar de gritar, y en medio de centelleos de luz. El golpe que dió al chocar sobre la pista cubierta de serrín, resonó en el alma de cada espectador.

Por un instante nadie se movió; nadie abrió la boca. Era como si la escena hubiese quedado retenida eternamente por una máquina fotográfica instantánea. Luego dos payasos corrieron hacia la apelotonada figura que yacía inerte sobre el serrín, y un hombre se puso en pie frente a la primera fila de espectadores.

—Soy médico —dijo.

Uno de los «*clowns*» levantó la cabeza con una increíble expresión en su rostro ridículamente pintado, con su nariz postiza y los ojos en forma de estrella.

—Gracias, señor —oí que le decía— pero no será necesaria su intervención.

Acto seguido cogieron el cuerpo de la joven, y se lo llevaron a través del arco. La infortunada parecía que no pesaba nada; yacía en los brazos de los hombres, inerte, fláccida. El director se colocó en el centro de la pista, y empezó hablar. Yo no me detuve a escucharle; me dirigí hacia la salida.

En el exterior del circo reinaba la obscuridad; solamente unas luces brillaban tras las ventanas del carricoche de los artistas. Casi tropecé con un rechoncho y colorado obrero del muelle, que estaba

apoyado de espaldas a uno de los remolques que contenía el generador eléctrico. Le pregunté dónde estaba el vagón de Stella Carolla, y el hombre me señaló con la cabeza la izquierda:

—El último de esa hilera —dijo, con una voz que tenía deje musical.

Anduve un poco más, hasta alcanzar él triste cortejo que llevaba a la equilibrista a su aposento ambulante.

A los dos payasos se había unido un policía uniformado, y el doctor salido del público continuaba insistiendo, a pesar de lo que se le había dicho.

Reconocí al policía, era Clancy, y le saludé con un movimiento de cabeza. Él correspondió, y dijo:

—Hola, Drayton. Esto está un poco apartado de tu especialidad ¿no es cierto?

—Así lo supongo —contesté—. Estaba disfrutando como espectador. Me gusta mucho el circo. Pero, por lo visto, no puedo ahorrarme el presenciar muertes repentinas.

—Aquí no hay nada para la página, de crímenes del «Messenger» —comentó Clancy—. La dama ha caído, simplemente, y ha muerto. Puro accidente. Yo lo he visto.

—También yo —repliqué— y no ha sido nada agradable. La chica cometía una locura al probar un número como aquél sin una red.

Uno de los payasos que llevaban el cuerpo exánime de la joven levantó los ojos. Las lágrimas habían formado un surco en su blanco maquillaje.

—Era una gran artista, señor —ponderó—; ha estado perfecta con aquel salto mortal. Yo se lo he visto dar un centenar de veces. No había razón alguna para esperar que cayera.

—Pues yo creo que lo ha hecho una vez de más —repuse—. Ustedes juegan con la muerte noche tras noche. Tarde o temprano tiene que surgir el accidente.

El otro payaso asintió, moviendo la cabeza sombríamente.

—Así es —murmuró.

El médico volvió a la carga:

—Permítanme que le eche una mirada.

—Aguarde un poco, compadre —repuso el primer «*clown*»— aquí está su carricoche.

El policía abrió la puerta, y los dos payasos subieron al vagón. Nosotros seguimos detrás. Dejaron a Stella sobre un estrecho camastro, y cubrieron su cuerpo con una manta. El médico se acercó a ella. El pequeño carricoche estaba repleto. El doctor aplicó el oído al pecho de Stella, y le abrió los párpados con los dedos.

—Está muerta —dijo.

—Sí, ya lo sabíamos —contestó uno de los «*clowns*».

El médico se inclinó otra vez encima de ella, y olfateó diciendo:

—Huele a taberna.

—¡De ningún modo! —exclamó el otro payaso—. ¡Stella nunca bebía licor!

—Pues hoy lo ha bebido —replicó el doctor— y no poco; ésta ha sido probablemente la causa de que le hayan fallado los pies.

—El doctor tiene razón, Charlie —dijo el segundo «*clown*», oliendo—. Y ahora que me acuerdo, últimamente Stella no andaba tan bien de los nervios. Quizá se había dado a la bebida.

—Eso no hubiera sido capaz de hacerlo nunca, Joey —porfió Charlie—. Stella tenía sentido común.

—Parece que esta vez acierta Joey —observó Clancy señalando la mesa, encima de la cual se veía una botella de *whisky*, vacía en sus tres cuartas partes.

—¡Stella bebiendo! —exclamó Charlie—. Nunca lo hubiera creído.

—No es extraño que se les ocurran ideas raras allá arriba cuando empiezan a notar que les da vueltas la cabeza —comentó Joey.

—Que nadie toque nada de aquí —advirtió Clancy—. Yo voy a llamar al jefe. Me temo que habrá que hacer una inspección. Esta botella y este vaso podrían ser piezas de convicción.

Y salió al exterior.

—Ahora me acuerdo también de que Stella estaba resfriada. Tal vez ha bebido para curarse —musitó Charlie.

—Para curarte de un resfriado no es aconsejable que te bebas casi una pinta de *whisky* —replicó Joey—. A menos que quieras curártelo de una vez para siempre.

No sé por qué Joey no me resultó simpático. Era imposible observar bien su expresión bajo el maquillaje blanco y negro. Pero sí que sus ojos eran duros y fríos. El maquillaje tendía a hacerle aparecer ridículo, pero no lo lograba. Su aspecto resultaba siniestro;

algo así como una calabaza que se vacía y agujerea imitando una calavera, para asustar a los chiquillos el día de Todos los Santos. De su cabello sobresalían pajas prendidas bajo el ala de su sombrero cónico de payaso.

Fijé entonces la mirada en todos los rincones del pequeño carricoche. No lo niego, soy un tipo entrometido. Al fin y al cabo, por eso me pagan. En un estante se veía una botella de medicina contra resfriados, y, a su lado, en el pequeño escurreplatos, cerca del fregadero de aluminio, había un vaso de medicina limpio, puesto boca abajo.

El doctor carraspeó.

—Bueno, creo que será mejor que me vaya.

—Sí —murmuró Joey—. Está bien.

El doctor bajó por la empinada y angosta escalerilla. Como pusiera un pie en el vacío, cayó y rodó hasta el suelo. Los dos «*clowns*» se asomaron a la puerta.

—¿Nada roto, doctor? —preguntó Charlie.

—Nada —se oyó la voz del galeno—. Un rasguño en la piel. Los huesos están intactos.

Cuando los payasos volvieron la cabeza hacia el interior del coche, yo me dirigía hacia la puerta con las manos metidas en los bolsillos de mi impermeable.

—Creo que también estoy de sobra aquí —dije—. Y a propósito: Supongo debía comunicárselo a ustedes: Soy periodista.

—Me ha parecido oír que el policía decía algo de una página de crímenes —expuso Joey.

—En efecto —repuse yo—. Soy reportero de crímenes, pero ante todo y principalmente, soy periodista, y creo que el único por estos andurriales. No podía pasar por alto este suceso sólo porque la dama hubiese muerto por accidente. El material humano es excelente. ¿A quién podría consultar para enterarme de más detalles referentes a la muchacha? ¿Tiene familiares aquí en el circo? ¿Novio, tal vez?

—Stella estaba sola —explicó Joey—; tía Mara, la pitonisa, es la que la conocía mejor. Vaya usted a verla, si quiere enterarse. Grazia Mara. Su coche está al otro extremo de esta hilera.

—Gracias —contesté. Y salí.

—Cuidado donde pone los pies —me recordó Charlie.

Afuera, en la obscuridad, saqué del bolsillo la botella de medicina contra el resfriado de la que me había apoderado mientras los payasos miraban al exterior, cuando el doctor cayó por la escalera. Saqué el tapón y olfateé. La medicina desprendía un fuerte olor peculiar, demasiado fuerte para engañar a cualquier enfermo de resfriado; un olor que tenía un fuerte parentesco con el del *whisky*. Volví a tapar el envase y me dirigí en busca de Grazia Mara.

La pitonisa estaba llorando, acurrucada en un rincón de su carricoche como un fardo deforme de ropa sucia. Las lágrimas surcaban la mugre de sus arrugadas mejillas de color aceituna.

—Supongo sabe lo ocurrido —le dije, al entrar por la puerta.

—Lo he visto desde los laterales —contestó la mujer— pero ya lo sabía. Lo sabía desde hace mucho tiempo. ¡Mi cristal me lo dijo!

—Mala suerte ha tenido la criatura —comenté yo—. ¿Y su cristal no le dijo que la muchacha estaba bebida como una cuba, cuando subió al alambre?

—¡Eso no es verdad! —exclamó la vieja bruja—. ¡Stella era una niña excelente! ¡Nunca bebió una gota de licor!

—No solamente lo ha bebido esta noche —repliqué— sino que hace mucho tiempo lo estaba usando. Joey cree que lo tomaba para el resfriado.

—A ese Joey le conozco bien. ¡Vaya tipejo! —dijo Grazia—. Hace dos o tres días compró una botella de *whisky* para la pequeña Stella. Pero ella no la tocó; se negó a beberlo. El licor es peligroso para una artista que trabaja en lo alto.

—¿Cómo andaba de nervios? —pregunté a la mujer.

—¡Perfectamente! —repuso ella—. Stella tenía los nervios de acero. Ha trabajado en el alambre desde niña. Aprendió a subir al trapecio antes que los niños aprenden a andar.

—Hace mucho tiempo que la conoce usted, ¿eh?

—Sí, ya lo creo. Desde que era una chiquilla. Su madre murió cuando tenía tres años. Tía Mara cuida de ella desde entonces.

—¿Y qué tal su vida privada? ¿Se casó alguna vez? ¿Tiene amigos?

—¡No… ninguno! —respondió la vieja.

—Es raro que no hubiese tenido alguno… ¡Una chica tan linda como ella! —insistí yo.

—¿Y por qué me hace usted tantas preguntas? —Reaccionó

Grazia, bruscamente. Y apuntando un dedo torcido hacia la puerta, añadió—: Salga de aquí y deje tranquila a una anciana en su dolor. ¡*Avanti*!

Acepté la invitación y me largué de allí.

A la sazón, el público iba saliendo del circo, comentando en voz baja la tragedia. El espectáculo había terminado prematuramente, y los focos iluminaban los alrededores para guiar a los defraudados espectadores hacia el camino de la ciudad. Yo me detuve en un bar cerca de la salida, y pedí un buen jarro de java. Entre tanto medité lo que haría a continuación.

«Nada para la página de crímenes», había dicho Clancy. La afirmación era ridícula. Una equilibrista que no solía beber, se había emborrachado resultando muerta al caer del alambre. Su medicina estaba mezclada con *whisky*, además de que había una botella de ese licor en la mesa del aposento ambulante. Una vieja dama que la conocía desde toda la vida, afirmaba que la joven no tenía ningún amorío, y se había puesto furiosa al insistir yo sobre este punto.

¿Por qué había lavado Stella el vaso con el que tomó la medicina contra el resfriado antes de empezar su número, dejando el vaso de *whisky* encima de la mesa, sin enjuagarlo? ¿Y por qué Joey, el «*clown*», vióse obligado a dar dos explicaciones del por qué Stella podía haberse aficionado a la bebida —su resfriado y sus nervios— cuando ya disponía de un medicamento para el resfriado y su madre adoptiva afirmaba que la chica tenía los nervios como el acero?

A mi modo de ver, alguien deseaba la muerte de Stella. Su medicina contra el resfriado contenía un narcótico, y luego, cuando la joven salió medio borracha para ejecutar su número, alguien puso encima de la mesa otro vaso y la botella de *whisky*. A primera vista todo invitaba a pensar en un burdo intento de asesinato. El capitán O'Rourke, jefe de la brigada criminal de Nueva Orleans, era un tío con toda la barba. Incluso al investigar lo que parecía ser un accidente mortal, sabía yo que el hombre inspeccionaría botella y vaso, en busca de huellas digitales. Si no aparecía ninguna, ello significaría que se trataba de un asesinato, puesto que Stella no usaba guantes. Y si en aquella botella había huellas que no fuesen las de la artista, alguien

iba de cabeza a los grilletes. O yo me equivocaba mucho o las posibles huellas digitales a descubrir pertenecerían al payaso Joey.

La estridencia de una sirena anunció la llegada del coche de la policía. Terminé de beber y regresé al vagón de Stella. Llegué al mismo tiempo que O'Rourke. El hombre me saludó con un leve movimiento de cabeza.

—Clancy me informó de que estaba usted aquí —dijo—. ¿Será posible verle algún día lejos de mí?

—Antes de cien años —contesté yo, siguiéndole escalerilla arriba.

Charlie y Joey estaban todavía junto a la difunta. Stella permanecía en la misma postura. El director entró y explicó a O'Rourke lo sucedido. Grazia Mara entró también y con su inglés chapurreado, le explicó al capitán la misma historia. El carricoche estaba a punto de reventar. Joey, a mi lado, se apretaba tanto contra mí, que su maquillaje manchó el hombro de mi impermeable.

—¡Otra vez por aquí! —refunfuñó.

Ahora no sonreía. Sus ojos eran como un trozo de vidrio brillando en medio del Océano.

Uno de los muchachos de O'Rourke recogió de la mesa la botella y el vaso, y los envolvió en una tela.

—Capitán —dijo Joey—. En esa botella supongo que encontrará usted mis huellas digitales. Se la traje a Stella hace un par de días.

—Gracias por la información —repuso O'Rourke.

Yo me preguntaba de quién serían las huellas que habría en el vidrio. Y pensando en los vasos, miré hacia el escurreplatos en busca del de la medicina. No estaba allí. Me puse la mano en el bolsillo y noté que también me habían quitado la botella. Finalmente, busqué a Joey con la mirada. ¡También él se había ido!

CAPÍTULO II

Salí del carricoche apresuradamente, y tropecé con el oficial Clancy.

—¿Has visto a Joey, el «*clown*» de la cara blanca? —le pregunté.

Clancy señaló con la mano.

—Iba hacia allá —dijo—. ¿Por qué?

Sin responder, me lancé hacia aquella dirección. Alcancé a Joey cerca de las jaulas de los animales domesticados. Un león me miraba entre las barras con un punto de curiosidad, cuando yo cogí al payaso por la holgada pechera de la camisa de seda.

—Ven acá, granuja —le espeté—. Dame la botella de medicina.

—¡Suélteme! —chilló él—. No sé de qué me habla.

—Dame la botella, te repito —insistí, zarandeándole—. Vas a ser pasto de los leones, si bien antes te haré añicos.

—¿Qué botella de medicina es ésa?

El hombre hacía el bobo. Le retorcí el brazo de modo que no pudiese moverse sin rompérselo, y le registré el cuerpo con la otra mano. No llevaba botella alguna. Ni tampoco vaso. Debía de haberlos enterrado en algún punto entre allí y el vagón de Stella. Le apreté un poco más el brazo.

—¿Qué has hecho de ello? —le pregunté entre sus chillidos.

Él me asestó un fuerte puntapié en un tobillo. A continuación dió una rápida sacudida, volviendo a estirar el brazo. El individuo estaba entrenado en el circo, con lo que resultaba difícil sujetarle. Cuando estuvo libre, me dió un puntapié en el estómago. Como la caricia me hizo muy poca gracia, le contesté con un puñetazo en la boca. El «*clown*» se tambaleó un poco, escupiendo sangre y trozos de diente. Al puñetazo siguiente se agachó, y fui yo quien recibió un fuerte golpe en los riñones. El dolor me inmovilizó, pero reaccioné en seguida. Le acribillé a puñetazos, y terminé echándole al aire con

un directo en la barbilla. El hombre describió un gracioso movimiento y cayó de espaldas sobre una bala de paja.

Me acerqué dispuesto a hacerle levantar y machacarle un poco más, a menos que abandonase su actitud, explicándome lo que quería saber, cuando de pronto, alguien me tocó por la espalda. Al volverme para mirar, recibí inopinadamente una racha de golpes en la cara. El agresor que me hacía tambalear era un obrero con aspecto de facineroso, vestido con mono azul sin mangas y una camisa a rayas blancas. Para rematar su obra, me descargó un formidable puñetazo que yo vi venir desde el principio. Me agaché a tiempo, y él casi perdió el equilibrio al dar en el vacío. Me lancé contra él, y fué como si hubiese chocado contra un muro de granito. Lo único que resultó dañado fué mi puño.

Otro puñetazo decisivo silbó en el aire como una bomba. Lo paré de un fuerte golpe contra el bíceps del individuo. El sujeto emitió un grito de dolor y dejó caer el brazo flácidamente. Me aproveché entonces para dispararle un directo a la mandíbula pero como él movió la cabeza mi puño se estrelló en su huesuda frente. Granito otra vez. Los nudillos de mis dedos estaban al rojo vivo.

En aquel momento Joey recobró los sentidos detrás de mí y desde el suelo donde estaba tendido se agarró a mis piernas. No logró derribarme más quizá empleé demasiado tiempo en conservar el equilibrio y el siguiente puñetazo de *Mr*. Descargador me trasladó la mandíbula al cogote. O esto al menos es lo que me pareció breves instantes antes de que los pájaros empezasen a cantar y me sumergiera en las tinieblas.

* * *

No estuve mucho rato en aquel estado. Cuando recobré los sentidos vi que los policías precedidos del capitán
O’Rourke
desfilaban del domicilio ambulante de Stella y subían a sus automóviles. Los motores roncaron y la caravana partió. El silencio reinó otra vez, mientras el circo se disponía para la noche. No se oía un solo grito. No tenía otra compañía que un bicho de seis patas que desde la paja se había deslizado debajo de mi camisa. Al parecer, Joey y su aliado habían decidido dejarme en paz.

Joey había logrado su objetivo. Seguramente que a la sazón había puesto a buen recaudo la botella de medicina con narcótico, y el vaso, de modo que ningún medio persuasivo sería capaz de hacerse con ellos. Me, incorporé en el suelo, y me acaricié la mandíbula que, después de todo, no estaba rota, y sí únicamente desencajada. Miré a mi alrededor. La mayoría de los carromatos estaban obscuros. Solamente tras la cortina de unas pocas ventanas brillaba la luz. Todas ellas empezaron a apagarse una tras otra. Mi reloj marcaba las doce. La gente de circo suele levantarse temprano. Debía de ser la hora de acostarse. Un tigre tosió no lejos de mí y reinó el silencio otra vez. Me levanté, y me dirigí con paso cauteloso hacia el aposento de Stella.

No se veía a nadie por los alrededores del carromato. Subí la escalerilla y tenté la puerta. No estaba cerrada. Empujé y entré. Con una lámpara de bolsillo inspeccioné el interior. Casi todo estaba en el mismo estado en que lo había, visto antes. Sólo se advertía la ausencia del cuerpo sin vida de Stella. Su dirección postal, durante los próximos días, la sabría únicamente la policía de la ciudad.

El aposento no ofrecía señales de haber sufrido una inspección policíaca. Todo continuaba pulcramente en su sitio, de lo que deducí que O'Rourke había aceptado la obvia explicación sobre la caída de la equilibrista. ¿Quién podía criticarle por ello, teniendo en cuenta que Joey había borrado toda prueba que pudiera conducir a otra interpretación de los hechos?

Pensé entonces que tal vez pudiese arrojar un poco de luz sobre el asunto, si lograba algo más de información sobre la vida privada de Stella, la parte de la misma sobre la cual se había mostrado tan hermética tía Mara. Eché una mirada a un armario cerrado, adosado en el fondo del vagón. Nada contenía, excepto algunos llamativos vestidos de calle, otros muy escotados y brillantes para el trabajo del circo, barras de colorete y otros artículos de tocador.

Miré entonces debajo del camastro, cuyo espacio estaba también aprovechado con un par de armarios pequeños. El primero contenía ropa blanca, pero el segundo me pareció más sugestivo. En él había una gran cantidad de atractivas fotografías publicitarias en las que se veía a Stella con su vestido de trabajo, ejecutando uno de sus

números o simplemente posando en actitud, decorativa. Encontré luego algunas cartas. Hurgué en ellas sin dar lugar a mi conciencia para sentir demasiado remordimiento. A mi modo de ver los muertos no necesitan conservar la intimidad. Las cartas eran en su mayor parte de otros artistas, por lo que podía observar de momento: esquelas de enhorabuena, felicitaciones de cumpleaños, postales de Navidad y así por estilo. Luego descubrí en el mismo fondo del cajón un pequeño fajo de papeles envuelto en otro papel amarillento y atado por una cinta. Sostuve la diminuta lámpara eléctrica con los dientes, y desaté la cinta. El corazón me latía más acelerado diciéndome que, quizá al fin, había encontrado algo consistente.

De pronto, alguien dijo desde la puerta:

—¡Quieto! ¡Si se mueve le envío los sesos a la pared!

Me volví para mirar, todavía con la lamparita en la boca. Su rayo de punta de lápiz arrancó destellos del acero azul de una pistola. Como no parecía haber lugar para la negociación, dejé caer los papeles, y levanté las manos hacia el techo.

El individuo de detrás del revólver entró en el carromato. Sus vestidos y su figura no me eran desconocidos. Pertenecían al descargador que antes había acudido en ayuda de Joey, si bien ahora llevaba la mitad inferior de la cara cubierta con un pañuelo moteado de rojo y blanco. En la intervención anterior no me había sido posible fijarme en sus facciones, de modo que aquella montaña de músculos continuaba siendo un misterio para mí.

Se acercó y me introdujo brutalmente el cañón del revólver en la boca, golpeándome dientes y encías. Con la otra mano se apoderó del paquete de cartas.

—Oiga, compadre —le dije yo a borbotones, debido a tener la boca llena—. Oiga, no sé quién es usted ni me importa un pepino, pero está usted haciendo el primo si se asocia con ese tipejo de Joey. El payaso la palmará, y usted le hará compañía en tal caso.

El tipo corpulento se limitó a reír de un modo siniestro, diciendo:

—Yo no me asocio con nadie. Esto lo hago por mi propia y absoluta voluntad. En la paliza que te he dado hace un rato no había nada de personal, bobo. Me fastidia, sencillamente, ver cómo cualquier elemento de este equipo recibe palos de un forastero. Y

ahora permíteme que te dé un consejo: no seas tan entrometido, y seguramente llegarás a viejo. Repite, en cambio, la función que has estado representando aquí esta noche, y marcharás de cabeza a un lugar donde se está, sin duda, muy bien, porque nadie de los que han ido vuelve.

—Lo intentaré —repuse.

—Esto es tu sentencia de muerte, bobo —replicó el hombre, retrocediendo hacia la puerta—. Acuérdate de lo que digo —y cuando estaba en la escalerilla, añadió—: Hasta la vista. Y procura no ensuciarte la nariz.

Aguardé a que se fuera. Habría sido absurdo exponerme a recibir una bala corriendo detrás de él. Me alejaría de la caravana. La noche había sido infortunada para mí. La botella de medicina y las cartas particulares de Stella me habían sido arrebatadas. De todos modos, pensé que cuanto antes abandonase el circo, mejor. La suerte no parecía acompañarme aquella noche, y había demasiada gente que me quería… como el león quiere su comida, para que no peligrase mi salud.

Avancé a lo largo de la pared del carromato. Sin embargo, mis apuros no habían terminado. Un rayo de luz me dió en la cara e iluminó, al mismo tiempo, el cañón de una escopeta que me apuntaba al estómago.

Una quebrada voz de falsete, dijo:

—¡Le he cogido!

No tenía ganas de discutir, de modo que contesté:

—Muy bien, me ha cogido usted. ¿Y qué piensa hacer conmigo, ahora?

La voz de detrás de la linterna sonaba vieja e incierta.

—¿Eh? ¿No ha venido usted a por eso? —preguntó.

Y me enseñó unos anteojos de teatro que colgaban de su correa, oscilando dentro de la órbita de la luz.

—No conozco estos anteojos —repuse yo, sinceramente—. Vamos a ver, ¿qué le pasa a usted, amigo?

La linterna se levantó, dejando ver la facha gris del guardián que la sostenía. Entonces, el hombre me inspeccionó mejor.

—No —murmuró como para sí, mientras masticaba tabaco—, no es el mismo sujeto. El otro era más gordo, y llevaba un abrigo negro.

—Siendo así, ¿qué le parece si dejara de apuntarme ese cacharro ya? —le sugerí—. Se le podría disparar, y eso me tiene algo nervioso.

—¡Claro está! —replicó el guardián, bajando el cañón del arma —. A decir verdad, señor, también a mí me pone nervioso. Por eso nunca la llevo cargada.

Al oír esto, respiré más tranquilo, y me puse a liar un cigarrillo, y le pregunté:

—¿Qué le ha ocurrido a usted con ese otro individuo… ese tipo que no se parece a mí?

—Un curioso —respondió el guardián—. Esta noche, poco antes de empezar la función, estaba merodeando cerca de los carromatos. Le eché el alto al verle, y se marchó corriendo. Al huir le habrá caído esto —el viejo de la linterna enseñóme otra vez los anteojos, y concluyó diciendo—: Ahora creí que había vuelto por ellos.

En aquel instante, los anteojos no me dijeron absolutamente nada, pero en cambio sí me sentí interesado por el curioso.

—¿Se acercó precisamente por los alrededores de este carro? —pregunté, indicando el de Stella.

El guardián asintió con un movimiento de cabeza. Le enseñé entonces mi carnet de periodista. El hombre la inspeccionó a la luz de su farol y pareció impresionado.

—Estos anteojos, puede que sean importantes, compadre —le indiqué—. Permítame que los ponga a buen recaudo.

El guardián se echó atrás, al tiempo que en sus ojos aparecía un fulgor enigmático, de sospecha.

—No sé si debo entregárselos, señor —dijo.

Volví a abrir el carnet de la Prensa. En su interior había un bonito billete de diez dólares.

—Creo que sí debe —afirmé.

—Hombre…, siendo así ya es distinto, tratándose de usted —musitó. Y cogiendo el billete, me alargó los anteojos, añadiendo—: Trato hecho. Pero no lo olvide, si alguien le pregunta, diga que se los ha encontrado usted.

—Descuide —repliqué.

Y poniéndome los anteojos en el bolsillo, me dirigí hacia la ciudad sin quitarles la mano de encima en todo el camino.

Desde el teléfono del bar de Joe, situado en la esquina de la

manzana de casas en que se encuentra la redacción del «Messenger», comuniqué al periódico el reportaje de la trágica caída y la muerte de Stella. Describí a Stella algo así como una mujer misteriosa, e insinué que las circunstancias de su muerte no aparecían del todo claras. Sin embargo, no fui más explícito. Ya habría tiempo para entrar en detalles cuando me hubiese repuesto y estuviese preparado.

Es raro, quizá, pero el teléfono me provoca sed. Lo cual es una excelente razón para que, siempre que pueda, telefonee desde un bar. Joe atendió mi dolencia con un gran vaso de *whisky* que guarda especialmente para mí. Después que me hube lavado la garganta, saqué los anteojos del bolsillo, y les eché un vistazo. Según mis informes, el objeto había sido soltado por alguien que visitaba el circo. No era probable que ningún miembro de la *troupe* anduviese por ahí con un objeto de aquella clase, adecuado únicamente para el público. Lo más verosímil era que aquellos anteojos no tuvieran ningún significado especial. Se trataría, simplemente, de algún tipo raro que quería atisbar entre bastidores, y que echó a correr cuando el guardián de noche le puso el miedo en el cuerpo con su escopeta de caza. De todos modos, no me resigné a dejar la cosa en olvido sin llevar a cabo una indagación. Después de todo, no tenía ninguna prueba positiva de que hubiese sido Joey quien había puesto el narcótico en la medicina contra el resfriado. ¿No podía haber sido el dueño de los anteojos, que merodeaba alrededor del carromato precisamente para eso? Tal vez la existencia de los anteojos se debía a la intención de ahuyentar toda sospecha, presentándose como un espectador del circo.

El instrumento llevaba el nombre del fabricante:

«Martin & Beckstein».

Su casa está en la parte alta de Nueva Orleans. Hace tiempo compré en ella una máquina fotográfica. Claro que era muy poco probable que el comerciante se acordase del individuo a quien había vendido los anteojos.

No vi entonces que pudiese hacer otra cosa, de momento, que echar otro trago. Y así estuve durante un rato más, hasta que finalmente me fui a casa y me acosté.

CAPÍTULO III

Dormí como una peonza. Esto es, en cuanto, mi cabeza tocó la almohada, empezó a dar vueltas y más vueltas… Después de un rato cesó de rodar, y quedé sumergido en un profundo sueño acompañado de visiones de Stella cayéndose desde lo alto del alambre. Sus alaridos se mezclaron con el ruido metálico de un timbre. Abrí los ojos de mala gana, y me di cuenta de que era el teléfono.

De momento, pensé que me había dormido más de la cuenta, y me llamaban de la oficina. Pero estaba todavía obscuro. Echando maldiciones contra quien fuese que le daba por llamar en plena noche, cogí el aparato y lo deposité debajo de la sábana.

—¡Qué hay! —dije de mal humor.

—¿Es *Mr*. Drayton? —preguntó la voz al otro extremo del hilo.

—Sí. ¿Qué diablos pasa?

—Aquí Abner, el guardián de noche del circo —replicó la voz.

Me despabilé un poco más, y traté de concentrar la atención en lo que oía.

—¡Ah, sí! Abner… —contesté—. Diga, ¿qué hay de nuevo?

—El fulano de los anteojos vino al fin por ellos, Mister Drayton —explicó el guardián.

—¡Que ha ido, dice! —exclamé—. ¿Y qué? ¿Le ha cogido usted? —inquirí ávidamente.

—No, exactamente, no —repuso Abner—. Más bien lo contrario: ha sido él quien me ha cogido a mí.

—¡Pero usted tenía su escopeta! —objeté yo, en tono de reprensión.

—Claro que sí que la tenía, pero él me la ha cogido y me ha pegado un porrazo a la cabeza con ella, dándome golpes hasta que

le he dicho lo que había ocurrido con los anteojos.

—¿Y le ha dicho usted, quién los tenía? —pregunté.

—No me quedaba otro remedio, *Mr*. Drayton —gimió Abner—. ¡Me habría matado, si no se lo digo!

—¿Y qué ha ocurrido entonces? —continué interrogando.

—Nada. Se ha largado a todo tren. He creído que debía informarle a usted, señor.

—Gracias.

Colgué el aparato, porque me había parecido acabar de oír un ruido que muy bien podía haber sido el crujir de una tabla en el entarimado del otro lado de mi puerta. Podía haber sido una tabla, pero no creí que lo fuese. Me dispuse a obrar con rapidez y en silencio. Embuché almohadas y algunas prendas debajo de las sábanas y fui a colocarme, desnudos los pies, escondido tras la puerta del dormitorio. Ahora estaba seguro que el ruido venía del exterior, y que era producido por algo más que por la humedad de la noche. Parecía como si alguien fuese probando diversas llaves en la puerta de entrada de mi casa. Al fin, una de ellas entro en la cerradura. Oí como se deslizaba el matraz, y pude imaginarme la puerta girando sobre sus goznes bien engrasados.

Unas pisadas cautelosas hicieron crujir la alfombra de mi salita, y luego el tirador de la puerta de mi dormitorio empezó a moverse lentamente. La puerta se abrió, y un hombre entró de puntillas dirigiéndose hacia los pies de mi cama. Su silueta se recortaba contra la luz de la luna que entraba por la ventana abierta. El individuo empuñaba un revólver, apuntando derechamente al bulto de encima de la cama.

Salí de detrás de la puerta y agarré al intruso por el puño, le hice una llave sobre el brazo derecho y le arrojé contra la pared del fondo. El revolver chasqueó a mis pies. De un puntapié lo arrojé debajo del armario, y me lancé en línea recta contra aquel sujeto. Se estaba levantando, cuando le descargué un puñetazo en pleno rostro que le hizo chocar de cabeza contra la pared. Desplomóse otra vez, y le cogí por el cuello y por los fondillos de sus pantalones, arrastrándole así hacia la salita. Una vez allí, le eché de cara al suelo y fui a dar la luz. El sujeto se incorporó de rodillas, y yo retrocedí aguardando a que se pusiera en pie, cosa que hizo muy lentamente y temblando. Era un hombre alto y grueso. En su pálido

rostro se veían unas mejillas carnosas, una boca pequeña como un pétalo de rosa, ojos de cerdo y nariz chata.

El cabello, poco abundante, era muy rubio y largo, y en aquellos instantes colgaba en mechones sobre su abollada frente. Llevaba un abrigo negro muy ceñido sobre un traje gris lavanda, y en su corbata brillaba un broche. Vacilando sobre sus pies se me acercó, y abrió su pequeña y afeminada boca como para decir algo, pero no logró sino boquear brevemente como un pez fuera del agua.

No me gustó nada su facha, por lo que le di un puñetazo en el ojo. Emitió un breve grito, como el de un bebé, y volvió a desplomarse sin gracia alguna sobre el suelo. Allí le dejé mientras regresaba a mi dormitorio para ponerme el batín y las zapatillas. Al volver a la salita, el intruso estaba todavía tendido. Lo aproveché para servirme un poco de *whisky*. Encendí un cigarrillo, me senté sobre un brazo de un sillón, y me puse a contemplarle pensativamente.

Después de agitarse un poco, levantó la cara pegada la alfombra, y miró hacia mí con un ojo hinchado.

—¡No vuelva a pegarme! —suplicó.

Yo eché un anillo de humo y coloqué luego otro dentro del primero.

—Lo pensaré —repuse—. Levántate.

El individuo se apoyó de manos y pies y continuó mirándome aprensivamente con el único ojo que le quedaba intacto. El otro lo tenía cerrado y amoratado. Le sentaba bien.

—Eres el salteador de pisos más asqueroso que jamás me encontré —le dije, para iniciar la conversación.

—¡Oh, no me dedico a esto! —musitó él.

—Ya se ve —repliqué yo—, pero supongo que aquellos anteojos de teatro deben de tener un valor sentimental.

—¡Eso es! —se apresuró a contestar el individuo, con voz entrecortada.

—Lo cual me recuerda —proseguí— que te debo todavía algo por el modo como has tratado al guardián del circo. Se ve que eres muy valiente cuando te enfrentas con alguien más viejo o más débil que tú, ¿verdad?

—¡Usted no me debe nada en absoluto! —protestó el tipejo—. ¡Creo que ya me ha sacudido más que suficiente!

—Esto ha sido sólo por haber interrumpido mi sueño —aclaré—. Todavía tengo que liquidarte la cuenta de Abner.

El sujeto apartó la cabeza para desviar el golpe esperado, pero yo me abstuve de descargarlo.

—¿Qué estabas haciendo esta noche entre los carromatos? —le pregunté.

—Pues… nada… Estaba mirando por allí…

—¿Con que mirando, eh? —le espeté—. Entonces ¿por qué echaste a correr cuando el vigilante te dio el alto? ¿Por qué tardaste tanto rato a volver allí a recoger tus anteojos? Y cuando te has enterado de que yo los tenía, ¿por qué has intentado recuperarlos con el extremo de un revólver? Esto no me parece muy inocente, que digamos.

—No… no puedo explicarme —balbució, entonces el miserable.

A continuación le golpeé con los nudillos en la boca tres o cuatro veces en rápida sucesión.

—Será mejor que te expliques —indiqué, suavemente. E insistí, con mayor energía—: Dime, ¿que estabas haciendo alrededor del carromato de Stella Carolla?

—Yo no conozco a ninguna Stella Carolla —repuso el individuo.

Eché mi puño hacia atrás. Él lo miraba con la paralizada fascinación con que el conejo contempla a la serpiente. Su boca se contraía nerviosamente, y las palabras salían de ella como el cereal al ser molido.

—Puede usted pegarme —gimió—. Con ello no logrará nada. Yo no conozco a ninguna Stella Carolla. Nunca entré en ninguno de aquellos carromatos. No quiero verme mezclado en nada de esto…

Dejé caer mi brazo sobre el costado. El individuo estaba demasiado asustado para decir otra cosa que la verdad. Le serví un poco de *whisky* y le ofrecí mi paquete de cigarrillos. Después de beber, se puso a fumar. Entonces le di un leve puñetazo en el pecho, que le hizo caerse en un sofá como si fuese un balón que se deshinchara.

—Habla —le aconsejé—. Explícame la amarga historia de tu vida. Ésta es la hora del intercambio de confidencias. Cuéntale tus secretos a tío Ricky. Si no lo haces, ten por seguro que tío Ricky te mandará al otro barrio en un santiamén, y utilizará tu pellejo para empapelar las paredes de su cuarto de baño.

El forastero echó un largo sorbo a su vaso, y se atragantó. Cuando estuvo en condiciones para utilizar nuevo su epiglotis, empezó:

—Todo es debido a mi mujer… ¿Está usted casado, señor?

—No —contesté—. No lo estoy. Personalmente creo que las mujeres son una muy buena idea, pero hasta las buenas ideas se vuelven insoportables si uno las machaca demasiado y se deja envolver por ellas. No, amigo, por ahora no hay peligro.

Hubo un corto silencio.

—Bien —le acucié—. Me estaba usted hablando de su mujer, me parece.

—Sí, es una mujer muy celosa —prosiguió el individuo—. No me comprende, ¿sabe? Por eso cuando me he enterado, que usted… un periodista se había apoderado de mis anteojos… temí que pudiese decir algo de ello en el periódico, y entonces, *Mrs*. Bastable me habría armado un escándalo infernal.

—¿*Mrs*. Bastable es su señora? —le pregunté.

—Sí, *Mrs*. Mildred Bastable. Yo soy Henry.

—¡Ah, Henry! —dije—. Perdóneme si me encuentra un poco duro de mollera, pero no acabo de comprender de qué diablos está usted hablando. ¿Qué podría yo poner en el periódico que fuese capaz de enfurecer a su señora de tal modo? ¿Es que tal vez no le deja ir al circo?

—¿Quiere usted decir que usted no sabe qué estaba haciendo yo entre los carromatos? —preguntó Henry Bastable, boquiabierto.

—Claro que no —repliqué—, aunque ahora empiezo a comprender. Tenía usted cita con una dama, ¿no es así?

—Algo parecido.

Entonces lo vi todo claro. Me di cuenta del papel desempeñado por los anteojos.

—¡Si será usted indecente! —le espeté—. ¡Mira que rondar por ahí espiando a una dama con unos anteojos! No me extraña que Mildred se ponga furiosa con usted. ¡Tiene motivo más que suficiente!

Henry bajó la cabeza, avergonzado.

—Escúcheme —proseguí—. Le voy a decir algo importante. Lo que a mí me interesa no es su vicio rastrero y ruin. Si le gusta espiar con anteojos a damas que se arreglan para salir a escena, allá usted.

Pero creo que hoy puede haber visto algo importante cuando estaba por allí. ¿Ha visto alguien en el carromato de Stella Carolla, poco antes de empezar la función?

—Continúo diciéndole que no conozco a ninguna Stella Carolla —porfió Henry—. Yo estaba mirando únicamente a Susannah.

—¿Quién es Susannah?

—Pues, Susannah Tyrone. Es hermosísima. ¡Es mi Popea!

No comprendí en aquellos instantes de qué diablos hablaba el gordinflón. Era una lástima. Tal vez podía haberme sido de utilidad, pero pasé por alto la alusión a Popea, y concentré mi atención en Susannah Tyrone.

—¿Trabaja, acaso, en el número de los leones? —pregunté.

Henry Bastable movió la cabeza en asentimiento.

—¡Esto es! Aquella deliciosa criatura que tiene la cabellera flotante del mismo color que la melena del león, y los ojos verdes como un habitante de la selva.

—Sí, sí —convine yo—. Y me parece recordar también que lleva un vestidito muy parco y muy decorativo.

—¡Justo! —subrayó Henry—. De todos modos, he de decirle que me siento atraído por ella como me atrae, pongamos por caso, una hermosa puesta de sol, un cuadro o una bella pieza de cristal de Venecia… pero mi mujer no quiere comprenderlo.

—No —dije yo—. No me extraña que no lo comprenda.

Tampoco lo comprendía yo. ¡Imaginarse a un tipo que utiliza unos anteojos de teatro para contemplar como un trozo de cristal de Venecia se está caminando ja ropa!

—¿Y está usted seguro de que no vió nada de lo que ocurría en los otros carromatos? —le pregunté.

A continuación le describí la posición exacta del aposento de Stella.

—¡Ese vagón sí lo conozco! —exclamó—. Yo estaba precisamente plantado cerca de él. Una muchacha vestida de cequín salió en el preciso instante en que la función iba a comenzar. Le acompañaba un payaso, y cuando los dos se hubieron marchado, me senté en la escalerilla hasta que se presentó el guardián. Así, pues, nadie podía haber entrado en el carromato sin que yo me enterara.

Si Henry decía la verdad, esto significaba que la botella de

whisky y el vaso estaban en el vagón antes que Stella lo hubiese abandonado. Sin embargo, la muchacha no bebió. Tal vez había servido un trago a Joey, el payaso, y el licor había sido bebido empleando el vaso.
Si O'Rourke
encontraba las huellas digitales en el cristal, necesitaría una explicación sobre qué fué lo que utilizó Stella para beber. De pronto, sentí la impaciencia por saber hasta qué punto habían llevado los policías su investigación. Volví al dormitorio y salí con los anteojos de Henry Bastadle.

—Aquí los tiene usted, y váyase cuanto antes —le dije—. Me está fastidiando ya.

El individuo cogió el objeto ávidamente.

—Gracias —contestó—. Espero que no haya ningún escándalo. Verá Usted, no se trata solamente de mi mujer. Yo soy maestro de escuela, y un escándalo sería fatal para mí.

—Esté tranquilo, niño de mi alma —repuse, burlón—. Yo no puedo servirle en nada más. Ahora lárguese de aquí, antes que encuentre algún motivo para echarle por el hueco del ascensor.

El sujeto salió andando hacia atrás. Cuando estuvo fuera, le oí correr por el pasillo. Tomé otro largo sorbo y me vestí. Cogí un sombrero, y un abrigo ligero, puesto que estábamos en la hora fría del amanecer. Bajé por el ascensor hasta el garaje, saqué mi descapotable y me dirigí hacia la Jefatura de Policía.

Los policías tienen un aspecto horrible en la mejor hora. Cuando van sin afeitar y han pasado la noche sin dormir, se parecen al abuelo de Drácula. El vestíbulo de muros de piedra gris del edilicio de la Jefatura, estaba ya, a las cinco de la mañana, repleto de personajes originales. El aire, impregnado de un hedor de colillas y escupideras no vaciadas. Le pregunté al sargento de oficina dónde estaba
O'Rourke.

—En el laboratorio —respondió, señalando con el pulgar hacia atrás.

Allá me dirigí. Empujé la vidriera de cristal esmerilado del departamento, y vi a
O'Rourke
en mangas de camisa, de espaldas a la puerta, hablando con un

individuo vestido con un mono blanco.

El capitán se volvió hacia mí, y preguntó, malhumorado:

—¿Quién le ha dejado pasar?

Como no podía cargar el mochuelo a nadie, aparenté sordera.

—¿Qué tal tiene el asunto de Stella Carolla? —le espeté.

—Un caso claro de muerte por accidente —refunfuñó O'Rourke —. ¡Y por Dios, no me fastidie ahora, con teorías descabelladas!



—Entre —me invitó la vieja bruja...

—¿Y las huellas en el vaso y la botella? —inquirí.

—En la botella hay otro juego de huellas además del de la dama —repuso el policía—. Supongo debe de pertenecer a Joey Fricker, el payaso, como él mismo dijo. El vaso no tiene más que las huellas de los dedos de Stella. Por lo visto, la joven se tomaría unos vasitos antes de ejecutar su número. El análisis del contenido del estómago, revela un equivalente de unos tres dobles de licor.

—¡Pero si la dama no bebía licor! —insistí.

—Algún día tenía que empezar —contestó O’Rourke, algo amoscado—. Si no estaba acostumbrada al licor, el efecto tenía que ser mucho más peligroso.

—¿No se ha encontrado nada más en el estómago? —pregunté.

—Sí —repuso O’Rourke —. Alimentos parcialmente digeridos y algunas substancias químicas que constituyen una popular medicina contra los catarros.

—¿Y en el vagón? ¿No encontraron una botella de esa medicina? —interrogué aún.

O’Rourke movió la cabeza negativamente.

—Tal vez se la pediría prestada a alguno de sus compañeros —dijo—. O quizá tomó una dosis de ella en alguna farmacia.

—Puede que fuera así —admití yo—. De todos modos, creo que debería comprobarlo. Sospecho que su medicina contra el catarro contenía un narcótico, y el individuo que hizo la faena cogió luego la botella para destruir la prueba del delito. Aquella muchacha no bebió licor por su propia voluntad en toda su vida.

—¿Entonces? ¿Cómo es que en el vaso vacío que contuvo el *whisky*, no hay más que sus huellas, sin que se vean las de otra persona? ¡Vamos, explíquemelo, Sherlock Holmes!

—Éste es un punto que me intriga —confesé—. Pero tengo una teoría que lo explica.

—¡Váyase al diablo cuanto antes y llévese consigo sus latosas teorías! —exclamó O’Rourke, fuera de sí.

—¡Muy bien, hombre, muy bien! Como usted quiera —le dije—. Veo que es consecuente, y se porta como un policía bastante idiota para no aceptar un buen consejo. Deja que el asesino ande a sus anchas, por mi parte, puede hacer usted lo que le dé la gana.

—Perfectamente. — O’Rourke suspiró. Hizo una breve pausa y preguntó luego—: Vamos, hable de una vez.

—Supongamos que Stella sirvió en efecto la bebida —dije—. Supongamos que cogió el vaso y lo llenó para algún invitado, y supongamos que el sujeto en cuestión lo vaciase sin dejar sus huellas en él, de modo que pareciese que había sido ella quien lo había bebido y no él…

—¿Y cómo podía hacer eso el invitado? —preguntó O'Rourke, sarcásticamente—. ¿Bebiéndoselo con la lengua, como los perros?

—No era necesario. Podía beber el licor utilizando una paja.

—Pero ¿quién anda por ahí con pajas para beber *whisky*? ¿Estaban tomando refrescos en un bar, por ventura? —concluyó O'Rourke.

—No, pero Joey Fricker llevaba pajas en el cabello. ¿Se acuerda?

Capítulo IV

En aquel instante entró un joven teniente, que le dijo a
O'Rourke:

—Capitán, el inspector dice que quiere hablar con usted cuanto antes.

—¿Qué querrá ese ahora? —refunfuñó
O'Rourke.

—Dice que quiere hablar a todos los oficiales antiguos contestó el teniente.

O'Rourke
se encogió de hombros, y salió del laboratorio con paso cansino. Yo cogí al joven por el codo.

—¿Qué ocurre, hermanito? —le pregunté.

—¿Te acuerdas de Ed Slincy, que se escapó del penal del Fuerte Leavenworth hace unos días?

Yo asentí con un movimiento de cabeza. Claro está que me acordaba de Slincy. El sujeto había ingresado en el presidio bajo condena por una docena más o menos de distintos delitos, que iban desde violación a elusión de impuestos, hacía unos cuatro años. Le quedaban siete por cumplir, cuando mató de un tiro a un guardia estando en una brigada de trabajadores, y salió airoso de la persecución de que fué objeto a lo largo y ancho del estado de Texas. Ed Slincy había sido uno de los chantajistas más finos de la vieja escuela. La ley lo descubrió finalmente en Dallas, pero él había operado en Nueva York, Chicago, Pittsburgh, Pennsylvania, Cincinnati y Saint Paul. Si ahora se dirigía hacia Nueva Orleans, esto me gustaba. El individuo iba aureolado por la promesa de la emoción. Corría el rumor de que había sido su mujer quien finalmente le descubrió, a causa de los celos producidos por los

amoríos que tenía con una dama llamada Josie. Todos los individuos que habían sufrido condena en el Fuerte Leavenworth, contaban la misma historia: Ed Slincy se proponía fugarse, el mejor día y ajustar cuentas con aquella esposa que le había colocado entre rejas.

Para mí habría sido una noticia saber que la mujer de Ed estaba en Nueva Orleans. Yo creía conocer todo el censo de indeseables que pululaban por aquella población, y en mi pequeño libro negro no había ninguna Carolle Slincy. Se sabía muy poco acerca de la dama. En la vista del juicio contra Ed, no apareció, y entonces y más tarde se mantuvo alejada de toda clase publicidad. Puesto que se decía que algunos de los camaradas de Ed y no digamos que la dama llamada Josie además, se la tenían prometida también.

Josie no se había mostrado tan reservada. A la sazón, ocupó los titulares de los periódicos. En el tribunal se mostró histérica, rompiendo la barrera de los guardias y besando al reo cuando se dirigía a las celdas. A pesar de esto, cuando Ed estuvo internado, Josie desapareció a la vista del público.

O'Rourke

estuvo mucho rato con el inspector. En vista de ello, resolví dar por terminada la jornada y me retiré a mi piso. En cuanto abrí la puerta, noté un cambio en el ambiente. Era el olor. Por regla general o no uso «Chanel número 5», que era el perfume que impregnaba la habitación. La causa estaba arrellanada en mi sofá. Una dama de cabello leonado, largas piernas y brazos, ojos verde esmeralda, cubierta con un abrigo negro y una falda que le daba aires de personalidad. La señora se enderezó y estiró sus largas y delgadas piernas en el momento en que entré. Me tendió una mano cuyas uñas aparecían pintadas de un fuerte matiz carmesí, y dijo:

—Hola.

—Hola —contesté yo—. ¿Cómo ha llegado usted hasta aquí?

—El portero me ha hecho pasar. Al parecer, el hombre ha creído que le gustaría a usted verme —expuso, con voz honda y musical.

—Sí, el portero conoce mi gusto en damas —convine, mirándola especulativamente—. ¿A qué ha venido usted? ¿A tomar el desayuno?

—No me vendría mal un bocado —contestó ella, sonriendo.

La sonrisa era completa. Me puso la espina dorsal hecha

meladura.

—¿Quién es usted? —pregunté.

La pregunta no parecía indiscreta.

—Soy Susannah Tyrone —respondió—. Trabajo en el circo.

—He oído hablar de usted —dije—. De hecho, esta madrugada he estado con un admirador suyo.

La dama arqueó una ceja.

—¿No sería aquel tío gordo que me está fastidiando siempre? —sugirió.

—Podría ser —admití—. ¿Sabe usted algo de él?

—Sólo sé que me fastidia terriblemente —repuso ella—. Anoche se trajo unos gemelos de teatro para verme en el interior del vagón.

—Después de conocerla, Susannah, creo que el hombre no tiene mal gusto, aunque no por eso alabe su actitud.

La mujer, se esponjó un poco.

—¿Cree usted, realmente, que tengo una figura bonita? —interrogó.

—Es hora demasiado temprana para hacer preguntas tontas —repliqué—. Bien. ¿Y no sería mejor dejarse de rodeos y decirme qué está usted haciendo aquí?

La bella visitante se sentó bruscamente, y me miró con intensidad penetrante.

—Usted estuvo en el vagón de Stella Carolla a últimas horas de anoche —dijo—. El guardián nocturno me lo contó.

—Abner es un peligroso charlatán —comenté yo—. Pero, bueno, suponiendo que haya estado allí, ¿qué le importa a usted?

—Usted se llevó un paquete de cartas envuelto en un papel amarillento.

La mujer estaba enterada. Decidí seguir el juego.

—Sí —contesté—. ¿Y qué?

—Que tiene que devolvérmelo —concluyó, con un destello retador en los ojos.

—¿Por qué? —inquirí.

Sus manos, que había tenido entrelazadas nerviosamente sobre las rodillas, se separaron como si hubiese tocado a su fin alguna especie de tensión.

—¿Entonces, no lo ha abierto usted?

—No —repuse—. Todavía no, aunque cada vez estoy más

interesado en hacerlo. Tendré que echarle un vistazo, desde luego.

—¡No haga tal cosa! —suplicó la dama—. Deme el paquete, por favor, y échelo al olvido.

—Sólo por hacerle, un favor, ¿verdad?

—Podría darle lo que me pidiera —insinuó, respirando con fatiga.

—No me interesan ciertas proposiciones.

La seductora mirada desapareció bruscamente de su rostro, como borrada por un trapo humedecido. A continuación, la vampiresa ensayó una nueva táctica.

—Entonces, se lo compraré.

Yo moví la cabeza negativamente.

—Por ese lado, todavía menos. Creo que mejor sería que dijera la verdad del asunto. Si lo hace, exponiéndome una razón bastante poderosa, tal vez le entregue el paquetito sin más forcejeo.

—Parece una tontería —empezó la dama—. Pero, de todos modos, las razones que me inducen a reclamar esas cartas son poderosas. Stella y yo éramos amigas desde hace tiempo. Habíamos pasado juntas los años bulliciosos de la alegre juventud. Compartimos las locuras más increíbles. Ya sabe usted cómo suelen comportarse generalmente las muchachas que trabajan ante el público. Por eso me acordé súbitamente de que aquel paquete era una especie de archivo de las locuras que hicimos en aquellos años, que mejor sería olvidar. Si aquellas cartas cayesen en ciertas manos, podrían hacerme quedar en un terrible ridículo, y algo más que ridículo para mí.

Susannah hizo una pausa y luego, continuó:

—Yo solía mandarle notas a Stella explicándole mis recientes andanzas, y esto en un lenguaje… Bueno, un poco ligero, para decir lo menos. Solíamos organizar alegres francachelas, y, a veces, sacábamos fotografías. No quisiera ahora que aquellas instantáneas las viese nadie. Podrían dañar más a ciertos señores que a mí misma. Algunos de ellos ocupan hoy un lugar destacado en la sociedad. Yo creo que el pasado es mejor dejarlo olvidado.

—¿Y es ésta la única razón por la que desearía usted obtener el paquete? —pregunté. Ella hizo un movimiento afirmativo. Me dirigí entonces a la mesa del rincón de la salita y serví unos vasos. Mientras estaba de espaldas a ella, le dije—: Siento no poder

complacerle. En primer lugar, porque no creo una sola palabra de todo ese cuento que me ha explicado. En segundo lugar… porque el paquete en cuestión no está en mis manos, desgraciadamente.

Oí como la dama aspiraba fuertemente, con un silbido de furor. Algo me hizo volver la cabeza, y cuando no había hecho sino ladearla un poco, solté el sifón que tenía en la mano y me eché de cara al suelo con la velocidad del rayo. Un cuchillo pasó silbando por encima de mi cabeza y quedó clavado y vibrando en la pared, encima de la mesa. La dama no había vuelto a cerrar su falda, de modo que pude ver la funda de donde había salido el cuchillo, fija a su liga y a la parte superior de la media.

—Calma, calma —recomendé.

Ella emitió un sonido gutural, propio de un animal de la selva, y se levantó de un salto del sofá como podía haberlo hecho una pantera, refulgentes sus uñas carmesí en las manos distendidas cual garras. Yo curvé el brazo delante de mi rostro para protegerme los ojos, y sentí en mi muñeca los hondos surcos paralelos de aquellas uñas. A continuación se echó encima de mí, poniendo en juego rodillas, codos, uñas y dientes, tirándome del cabello y atacándome a los ojos, de modo que me dejó el antebrazo hecho papilla. Después de resistir un rato, decidí que ya había bastante, y respondí al ataque. Le sujeté los brazos y la eché de cara sobre la alfombra, sentándome luego sobre su espalda. Ella continuaba pataleando y pugnando por desasirse, utilizando entretanto un lenguaje capaz de perforar el piso. Después que le hube propinado un par de buenos apretones, logré aquietarla. Entonces me puse en pie.

—Levántate —le dije— y pórtate bien. De lo contrario, tendré que olvidar que soy un caballero y te daré una paliza más que regular.

Con torpe movimiento se incorporó la dama, sin que sus verdes ojos dejasen de lanzar destellos amenazadores a través de la maraña de cabello que le había caído encima del rostro. En aquellos instantes parecía la suegra de Tarzán. Sólo que más atractiva que aquélla.

—Siento mucho haber tenido que darte una tunda —le expliqué —, pero me has puesto loco al ver que tenías tanta ansiedad por recuperar aquel paquete.

De pronto, la fiera corrió hacia la pared donde estaba clavado el

cuchillo, y cerró los dedos alrededor del mango. Tiró fuertemente de él, pero la punta habíase hundido un buen trecho. Un trecho más largo habría entrado en mi cuerpo, de no haberme apresurado a besar la alfombra. Cogí una botella de encima la mesa y la descargué contra su mano. Ella lanzó un alarido y se llevó los dedos lastimados al sobaco. Entonces arranqué el cuchillo del panel y lo arrojé arriba, yéndose a clavar en el techo donde ni ella ni yo podíamos alcanzarlo.

Cuando me volví, vi que se lamía la mano herida como suele proceder un gato con su garra maltrecha.

—Hazme el favor de no portarte mal conmigo otra vez —le rogué—. Yo puedo portarme peor contigo, de modo que sólo vas a perder.

Susannah se desfogó entonces con una racha de lágrimas. Lágrimas de furor y de humillación, imaginé. Sea como fuera, le rodeé el cuerpo con el brazo y la acerqué hacia mí. La besé en los ojos y en la punta de la nariz, afilada y deliciosa a pesar de todo. Cambiando su estado de ánimo con una rapidez increíble, la dama levantó hacia mí unos labios temblorosos que besé también de buena gana.

—¿Me has dicho la verdad sobre lo del paquete de cartas? —me preguntó, acercando otra vez los labios a los míos.

Recibí el beso y saqué el paquete de cigarrillos.

—Fué como te he dicho —contesté—. Alguien entró en el vagón de Stella y me lo arrebató con la punta del cañón de un revólver.

—¡Será posible! —exclamó, riendo, la dama—. ¡Y yo que creía que eras muy duro de pelar!

—Generalmente cojo las balas con los dientes —expliqué—, pero dió la casualidad que aquella noche me dejé la dentadura en casa.

—¿Quién era el tipo que se apoderó del paquete, pues? —preguntó Susannah.

—Uno de los obreros del circo —le dije—. Un sujeto corpulento y bruto. No pude verle bien la cara, porque la llevaba medio tapada.

Mi visitante se mostró intrigada y hondamente preocupada.

—¿Quién demonios podría ser? —musitó.

—Tal vez uno de tus amigos de la época de tus locuras —insinué.

—No me extrañaría que esto lo hubieses soñado tú, simplemente

—repuso ella. Y a continuación, añadió—: ¿Por qué me estás mirando de ese modo?

En efecto, la estaba mirando con atención y no precisamente para admirar sus encantos, aunque pensaba que cuando Henry Bastable la comparaba a una pieza de cristal de Venecia, difícilmente le hacía justicia. La miraba entonces porque sus facciones despertaban un difuso recuerdo en el fondo de mi memoria. Era algo familiar, y se relacionaba con algún incidente del que había oído hablar no hacía mucho. De todos modos, no acababa de recordar. Lo dejé de lado, diciendo:

—Debes de estar acostumbrada a ver cómo los hombres te admiran, Susannah.

—Sí, no lo puedo negar —respondió— pero tú no me estabas mirando como ellos acostumbran.

—Estaba pensando que tal vez he visto tu cara en algún sitio antes de ahora…

—Podría ser —admitió Susannah—. Ya te dije que trabajaba en el circo. Mi número es el de los leones.

—¿Qué haces en él? —le pregunté—. ¿Muerdes a los leones?

Ella sonrió.

—No soy tan mala. Si me tratan bien, sé conducirme tiernamente. Sólo doy vueltas por el interior de la jaula, dejando aparte que pongo la cabeza en la boca del león grande.

—En realidad, es exponer demasiado tu cabecita —comenté—. Pareces bastante apetitosa para comerte, sin duda alguna.

—Por suerte, trabajo con los leones… no con los lobos —repuso ella, riendo, al tiempo que recogía su bolso y sus guantes. Y tendiéndome la mano, me dijo—: Hasta la vista, *Mr*. Drayton. Me ha sido agradable conocerle.

Le estreché la mano, y contesté:

—Agradable, desde luego, aunque un poco tempestuoso.

Susannah salió pero dejó en la sala su perfume, que impregnaba el aire con un interrogante torturador. ¿Dónde había visto su cara antes de allí?

Estaba seguro de que su relato sobre el paquete era pura filfa, que me había ocultado la verdadera razón de que le interesase tanto el recuperarlo. Al fin y al cabo, todo el mundo comete indiscreciones en la juventud, y todo el mundo sabe quitarles

importancia. Difícilmente una persona arroja un cuchillo contra otra sólo para recobrar una fotografía en la que aparece en actitud amorosa con el muchacho de cara granujienta de la puerta de al lado. Debía de haber un motivo más hondo para que deseara meter la nariz en aquel paquete, y mi impresión era que ello estaba relacionado con la muerte de Stella.

Quizá Stella había estado haciendo chantaje a Susannah y el paquete contenía la prueba. Esto habría dado motivo a Susannah para desembarazarse de la equilibrista hasta por medio del asesinato. Ésta era una razón más plausible para arrojarme cuchillos a mí. ¡Me había engañado al decir que no conocía la identidad del obrero que me arrebató el paquete! He aquí otra de las preguntas incontestadas que figuraban en mi lista.

Pensé que ya era hora de volver al circo. Tal vez podría localizar al tipo aquél, puesto que si bien no le había visto la cara, conocía la forma de sus hombros y la longitud de sus brazos. Si podía llegar cerca de él, ganaría bastante. Sin conocer su identidad, no había modo alguno de asignarle un sitio en el desarrollo de los acontecimientos.

Corrí hacia el rellano, y vi que Susannah estaba en el ascensor con el dedo en el botón. El ascensor subió y se abrieron las puertas. Al entrar Susannah, volvió la cabeza hacia mí.

—Aguárdame, querida. Te acompañaré hasta el circo.

Ella me dejó sitio en el ascensor.

—Ya lo creo. Gracias —repuso—. Con mucho gusto.

En el automóvil, su presencia influyó en mí hasta tal punto, que casi afectaba a la conducción, pero al fin salí de la ciudad sin haber rozado siquiera el bordillo de una esquina.

CAPÍTULO V

En el preciso instante en que viraba para entrar en el camino sin pavimento que conducía al campo donde se levantaba el circo, oí el alarido de una sirena detrás de mí. Me arrimé a un lado de la curva, y dejé pasar el coche de los bomberos seguido de una procesión de camionetas de salvamento, ambulancias, y el automóvil del jefe de la sección de bomberos con su voluminosa campanilla de bronce en lo alto. Una alta valla ocultaba el entoldado a nuestros ojos, pero observé en seguida una nube de humo que se elevaba encima de él, y oí el horrorizado clamor de los animales entre el que destacaban los frenéticos alaridos de los elefantes.

En cuanto hubo pasado la brigada de bomberos, continué adelante haciendo dar saltos al coche sobre el piso desigual del camino. Un espectáculo de caos y de confusión se ofreció a nuestros ojos. El personal del circo llevaba a los caballos y los elefantes hacia un extremo lejano del campo, tratando desesperadamente de apaciguar a los animales, a los que el pánico volvía salvajes. Varios camiones habían sido utilizados para arrastrar las otras jaulas que contenían los leones y osos, al objeto de llevarles fuera de la cortina de humo que les enloquecía. Lenguas de fuego lamían ávidamente la pintura chillona de los carromatos. El núcleo del incendio parecía ser un cobertizo bajo y largo, provisional, hecho de tablas.

Susannah contestó a la pregunta que yo no había formulado todavía.

—Es el barracón donde se alojan los obreros —dijo—: Allí duermen los montadores y los mecánicos.

Los bomberos habían empezado a manejar su manguera conectada al voluminoso tanque de agua. Su objetivo se centraba principalmente en la ondulante, lona del techo, que amenazaba

convertirse en pasto de las llamas. El barracón donde se había iniciado el incendio, ya no era más que un humeante esqueleto de edificio. El fuego había prendido firmemente en los carros inmediatos a él.

—Si lo que me has dicho es verdad —añadió Susannah— y uno de los obreros tenía el paquete de las cartas en su aposento, no tengo por qué preocuparme de él. A estas horas, estará ya convertido en humo.

—Muy elocuente, muchacha —le contesté—. Si no hubieses estado conmigo todo este rato, casi me harías pensar que fuiste tú quien ha provocado el incendio.

Ella volvió hacia mí sus largas y vibrátiles pestañas.

—¡Caramba, *Mr*. Drayton! —exclamó, con voz meliflua—. ¿Cómo puede siquiera pensar tal cosa de mí?

Luego, se despidió. Me apeé del coche y avancé hacia el lugar del siniestro. Un individuo gordo y sudoroso, con pantalones de malla, daba órdenes a grandes gritos a los obreros que estaban trasladando todo el material inflamable fuera del alcance de las llamas. Di un golpecito a la desnuda espalda del corpulento capataz, y sugerí:

—¿No podría usted descansar un momento? Esto parece que va siendo ya dominado.

El hombre se pasó el dorso de la mano por la sudorosa frente, dejando tras de di una gran mancha de humo negro.

—¿Qué desea usted? —me preguntó.

Le señalé mi automóvil, indicando:

—Tengo un frasco en la bolsa de aquel descapotable. Creo no equivocarme al pensar que le hace falta echar un trago.

—No se equivoca usted ni mucho menos —repuso el corpulento sujeto—. ¡Vamos ahí!

La botella pasó de mano en mano, hasta que quedó vacía. A continuación, encendimos sendos cigarrillos, y el hombre dijo:

—Gracias por el trago, señor. Veamos ahora qué desea de mí.

—Según veo, es usted una especie de capataz aquí, ¿verdad?

—Soy el jefe de los obreros —replicó, él.

—¿Cuál es el origen del incendio? —interrogué, en primer lugar.

—Me gustaría saberlo. Tengo la sospecha de que ha sido provocado. He percibido el olor del petróleo.

—Supongo conoce usted a todos los hombres que trabajan en el circo, ¿no es así?

—¡Que si conozco a todo ese hatajo de haraganes y de gitanos! ¡Ya lo creo que sí!

—Me gustaría mucho encontrar a uno de ellos —le indiqué.

A continuación le hice una descripción todo lo detallada que me fué posible del individuo que me había, arrebatado el paquete de cartas en el carromato de Stella.

—Me parece que conozco a ese sujeto —manifestó el capataz—. Dió el nombre de Tom Smith, verdadero o falso. Se unió a nosotros en Shreveport, cuando nos dirigíamos a Wichita Falls, Texas. El caso es que no le he visto el pelo en todo el día.

—¿Cree posible que se haya largado? —pregunté.

El capataz escupió y movió la cabeza en señal negativa.

—No es probable —respondió—. No es probable, teniendo en cuenta que mañana es día de cobro. De todos modos, yo no le he visto desde anoche.

—Y no sé por qué me parece que ya no le verá usted otra vez —apunté.

—Oiga, ¿cree usted que ha sido él quien ha prendido el fuego? —interrogó el capataz—. ¿Y qué motivos tenía para hacer tal cosa?

—No le digo lo que estoy pensando en estos momentos —repliqué—. Tengo demasiadas teorías en la cabeza, y me faltan hechos. Hasta la vista, amigo. Y gracias por la conversación.

Subí al coche y me alejé de allí. Un trecho más adelante en el camino alcancé a un peatón solitario. Frente a mí se destacaba su ancha espalda cubierta por un abrigo negro. De pronto, se volvió y levantó el brazo, indicándome si lo quería llevar en el coche. Al verle la cara, apreté el freno. Era Henry Bastable. Al parar el automóvil a su lado, observé que el hombre llevaba algo debajo del brazo. Un estuche de violín.

—¿Se viene usted hasta la ciudad? —le pregunté, abriendo la portezuela.

Él puso el pie en el estribo antes de verme la cara. Luego, trató de retroceder.

—Gracias, creo que será mejor que siga andando. Ya estamos cerca ahora —balbució.

Le cogí por la muñeca y le dije:

—¡Vamos, hombre! ¡Déjese de tonterías! ¡Hágame compañía un rato! No se preocupe. No pienso zurrarle otra vez.

El sujeto vaciló antes de meter su abultado cuerpo en el coche. Cuando se hubo sentado, alargué la mano y le cogí la caja del violín. Él se resistió un poco hasta que, al fin, cedió.

—Antes de que reemprenda la marcha —le advertí—, espero no tendrá inconveniente en que eche un vistazo a este chisme. Alguna vez se han visto casos en que en estuches como éste habían metido ametralladoras.

Henry rió en un tono nervioso, de falsete.

—¿Ametralladoras, dice? —comentó—. ¡No me haga reír!

—Ríase cuanto quiera —repuse—. Por de pronto voy a mirarlo.

Abrí el estuche. ¡Nunca habrían supuesto ustedes qué era lo que había dentro! ¡Un violín! Un violín de verdad.

—¿Y qué diablos pretende usted con llevar este instrumento encima? —le pregunté.

Bastable alargó sus gordinflonas manos para recuperar el instrumento.

—¿Y por qué no puedo llevarlo donde me dé la gana? —sulfuróse—. ¿Hay alguna ley que me lo impida?

En efecto, no pude aducir que existiese prohibición alguna, y así se lo manifesté.

—No se meta, pues, en lo que no le importa —me espetó entonces con enojo—. Ha sido usted quien me ha invitado a subir. Yo no sé lo he pedido.

Otra vez me dejaba sin argumento. Continué el viaje hasta la ciudad y le dejé en la calle 32. De allí, me dirigí a mi despacho.

Reagan, el redactor jefe de la página de crímenes, corrió a mi encuentro al verme entrar.

—Me alegro sobremanera de verte, Ricky —dijo—. Quería encargarte una misión.

—¿Ah, sí?

Me senté en mi sillón, apoyé los tacones sobre el canto de la mesa y mandé hacia el techo una espiral de humo.

—¿Qué llevas en la cabeza, perdonavidas?

—Nada más que esto —contestó él, arrojándome sobre la mesa un fajo de recortes y un puñado de fotografías—. Se supone que Ed Slincy se dirige hacia acá. Quisiera que escribieras un reportaje de

miedo: «La policía ha controlado los registros de los hoteles. Todos los muelles ferroviarios y las estaciones terminales de autobuses son vigiladas atentamente. Los barrios de los maleantes son objeto de una seria inspección». Es decir, lo que se suele escribir en tales casos. Y una historia sintética de la vida de ese truhán de Slincy. Ya lo sabes. El forajido más peligroso que ha pisado Nueva Orleans durante los últimos diez años.

—Todavía no sabemos que haya llegado a la ciudad siquiera… —protesté.

—¡Por Dios, hombre! —exclamó Reagan—. ¿Es que no sabes que a los lectores les gusta horrorizarse? ¿Qué importa que esté o no esté aquí?

—Bueno, bueno, hombre —le apacigüé—. A mí no has de decirme lo que debo hacer. Cuida de pulir un poco más el asiento de tu sillón. Tienes los fondillos de los pantalones brillantes de tanto cavilar.

Eché, entonces, un vistazo a las fotografías, que habían sido sacadas de nuestros archivos. Todas ellas eran de Ed Slincy en la época de condena, y de su amante, Josie Wederburn. A la primera mirada a la facita de la dama, una serie de cosas cayeron súbitamente en su sitio, incluyendo mis pies, que se salieron por el borde de la mesa. Me dirigí entonces a Reagan.

—Perdona, chico —le espeté—. ¡Por primera vez en la vida has dicho la verdad! Claro que ha sido por accidente. ¡Ed Slincy está en la ciudad!

Y con la fotografía debajo del brazo, salí corriendo de la oficina hacia mi automóvil.

Regresé al circo, donde la agitación producida por el incendio había ido disminuyendo. Pronto localicé mi amigo. Le enseñé la fotografía de Ed Slincy.

—¿Quién es éste? —le pregunté.

El hombre me dió la respuesta que yo esperaba.

—¡Caramba! Pues el sujeto por el cual me preguntaba usted… Tom Smith —contestó.

—Gracias —le dije, volviendo a guardar la foto en el bolsillo. Así, pues, Tom Smith, el recio descargador era el mismo Ed Slincy, el presidiario en fuga. ¿Qué le había inducido a unirse al circo ambulante en su ruta desde Texas a Louisiana? El deseo de estar

cerca de su antigua llama, Josie Wederburn. Sí, desde luego Josie y Susannah Tyrone eran la misma imagen, bella imagen de carne y hueso que reflejaba la fotografía. En cuanto hube echado otra mirada a la vieja foto de la dama en los recortes de Prensa de la oficina, me di cuenta del recuerdo que la visión de su persona había despertado en mi memoria. Durante la vista de la causa contra Slincy, cuando Josie estuvo acometiendo a los guardianes, me llamó la atención con su cabellera extendida, que tenía el matiz de la sedosa mazorca de maíz. Evidentemente, la dama lo había dejado crecer de aquel modo, y a mi modo de ver, su leonada melena natural constituía una considerable mejora.

Sin embargo, me sentía inclinado a apostar cualquier cosa a que, cuando aquella mañana visitó mi habitaciones, no sabía que su ex amante, Slincy, formase parte del personal del circo. De todos modos pensé que habría sido cuestión de tiempo el que el convicto le revelase su presencia. Ahora, el circo estaba ya dispuesto de nuevo para representar la función de la tarde. Resolví darme una vuelta por allí y un vez terminada la función, no perder de vista a Susannah. Tarde o temprano se pondría en contacto con Ed Slincy, y esto era cosa que no quería dejarme escapar. La cabeza de un convicto fugado significaba cinco mil dólares de recompensa. Yo soy coleccionista. Colecciono «pasta», además de antiguallas. La experiencia me ha demostrado que el dinero es lo que dura más, y lo que le causa a uno menos quebraderos de cabeza.

Se oían ya las estridentes notas de la banda con sus viejos instrumentos de cobre, anunciando el comienzo de la función. Me dirigí hacia la entrada del circo. No quería dejarme perder el número de Susannah, cuando ponía la cabeza en las fauces del león. La noche anterior había llegado tarde, por lo que no me fué posible verla. El trabajo de la artista era considerable. Por de pronto, con su breve vestimenta, hizo desviar todas las miradas puestas en los leones. Incluso las enormes fieras parecían dominadas por el hechizo de la mujer. Luego que el profesor Ludmilio, un caballero bigotudo con uniforme de almirante suizo, hubo hecho restallar el látigo poniendo en movimiento a los leones que empezaron a rugir enseñando los dientes, Susannah penetró en la jaula con paso ondulante, acompañada de los aullidos de lobo de los muchachos que iban detrás de ella, y fustigó al más feroz de los animales que

empezó a erizarse como un gato, con una especie de risita tonta en su facha.

Recordé entonces que Susannah —cuando estaba en el papel de Josie Wederburn— había actuado temporalmente en los *cabarets* y en comedias. Esto le había dado el equilibrio y el perfecto control de sí misma delante del público. El trabajo con las fieras lo escogió, probablemente, algún tiempo después de unirse a la caravana circense, cuando Ed ingresó en Fort Leavenworth.

Sonreí interiormente cuando observé que la artista reservaba su atención para los ejemplares masculinos de fieras. Las leonas no parecían quererla tanto, ni mucho menos.

Al fin, con el acompañamiento de una buena racha de restallidos de látigo y gritos del «profesor», que parecía celoso de que su bella ayudante monopolizase toda la luz de las candilejas, Susannah le hizo cosquillas bajo la barbilla al más corpulento de los leones, hasta que el animal abrió sus enormes fauces. El interior de la boca tenía un color rosado. De él goteaba la saliva. Susannah cogió con una mano la hilera superior de dientes, la inferior con la otra, y abrió la boca de la fiera todavía más. Luego, lentamente, y mientras en el fondo, el viejo tambor de la banda redoblaba con frenesí, introdujo la cabeza muy adentro, hasta la bella línea de su cuello.

Luego el león, con una expresión reflexiva y placentera, cerró la boca hasta que los dientes tocaron la blanca piel de la mujer. Alguien lanzó un alarido. Yo me encontré la frente cubierta de un sudor frío. Cualquier día, aquel león sentiría apetito de verdad. Después, al cabo de un rato que parecía terriblemente largo, la fiera volvió a abrir la boca, y Susannah retiró la cabeza sonriendo.

Tan descansado me quedé, que casi encendí cuatro cigarrillos al mismo tiempo. Me levanté y avancé unos pasos en dirección al pasillo que conducía fuera del circo. Me aguardaba ahora probablemente una larga vigilancia, puesto que Susannah había terminado su número. Por eso empecé a pensar en proveerme de una botellita de bolsillo de *whisky*, para ayudarme a pasar el tiempo más agradablemente.

Mientras paseaba por entre los carromatos, una cara arrugada se asomó por una ventana con cortinas de encaje, y me llamó:

—¡*Mr*. Drayton!

Volví la cabeza y vi el rostro de bruja de Grazia Mara, la vieja

pitonisa.

—¡Hola, tía Mara! —contesté—. ¿Qué hay de nuevo?

—Entre —me invitó—. ¡He de hablar un poco con usted!

Subí por la crujiente escalerilla del carromato, y, me agaché para atravesar el bajo dintel. La mujer estaba sentada ante una pequeña mesa cubierta por un fino mantel cubierto de colorines, en cuyo centro descansaba una bola de cristal. Sus dedos cual garras pasaban por encima de la brillante superficie, mientras sus ojos, como brasas de carbón, parecían clavados en la entraña inescrutable de la bola. No levantó la mirada ni cuando entré yo; limitóse a indicarme con un sarmentoso dedo un sillón con respaldo de tela que había en un rincón lleno de diversos objetos. Un cuervo bizco croaba rabiosamente desde su percha, sobre el respaldo de la silla de la mujer, y de un pebetero humeante que había en un anaquel, se desprendía un olor dulce sedoso que impregnaba la estancia.

—Pasa todo eso por alto, Mara… —Indiqué—. No necesito que me digas la buenaventura.

La vieja levantó bruscamente la cabeza. Su rostro era una máscara de desprecio.

—Yo no digo la buenaventura —protestó indignada—. Yo veo la verdad. Yo hago advertencias. ¡Cometerías un grave error si no le hicieses caso a Tía Mara!

Me encogí de hombros. ¿Qué podía perder en ello?

—Muy bien —dije—. Desembucha, pero no me hagas perder el tiempo. Tengo cita con mi sed.

—Vas encaminado a un disgusto muy grande —recitó ella, con su inglés chapurreado.

—Seguro —repuse yo, con sorna—. Yo no puedo vivir sin meterme en líos.

—Estoy viendo a un hombre loco con unos leones.

—¿Te refieres al profesor? —pregunté.

—No… el profesor, no. Éste ya está loco de remate. También veo a la hermosa *signorina*. Ella está en conflicto también.

—Perfectamente —dije—. ¿Qué más estás viendo, mi vieja bruja negra de medianoche?

La mujer levantó los ojos.

—Shakespeare —recitó—. «Macbeth». Acto primero. Escena

primera —yo pensé que la cultura es una cosa admirable. La vieja prosiguió—: Estoy viendo tiroteos. Gente que muere. Veo un gran peligro para ti.

Me puse en pie.

—Para esto no tienes necesidad de mirar a ninguna bola de cristal —advertí—. No hace falta sino que veas mi pequeño historial. Creo que mi cabeza atrae simplemente los tiros y el peligro. Es mi especialidad.

—Anoche me preguntaste por Stella Carolla, ¿verdad? —recordó.

—Sí.

—Tuve un sueño —declaró la hechicera—. Recibí un mensaje. Me dijeron que te ayudase.

—Magnífico —repuse—. ¿Significa eso que me vas a explicar sinceramente la vida privada de la difunta dama?

La vieja muñeca movió, la cabeza, afirmando.

—Anoche me dijeron que mi pequeña *bambina* Stella fue asesinada. Los espíritus anuncian que tú eres el hombre que ha de castigar al asesino. Así, pues, te diré todo lo que quieras saber.

—¿Qué te parece si empezases por lo que no me quisiste decir ayer? —le sugerí—. La vida amorosa de Stella… ¿Realmente, no tenía novio la muchacha?

—Tenía marido —replicó Grazia.

—¡No enredes! —exclamé—. ¿Cómo se llamaba?

—Ed Slincy —contestó Grazia—. Stella era *Mistress* Carolle Slincy.

Capítulo VI

Entonces todas las piezas encajaron en su sitio con un chasquido que se habría podido oír desde la bahía de Shessapeke. Carolle Slincy, la dama que había reñido con su tenoriesco marido enviándole por una temporada a la sombra, había cambiado de nombre y adoptado la vida nómada del circo, sin duda considerándolo un buen recurso para mantenerse alejada de sus enemigos. Desgraciadamente, éstos la habían descubierto.

Susannah Tyrone, o si se quiere Josie Wederburn, había seguido la pista, enrolándose en su mismo equipo. Me imagino que Susannah debía de tener a Ed siempre al corriente, por carta, de los movimientos de su rival, mientras él maduraba su venganza en la cárcel.

Luego él realizó su fuga prevista para la temporada que el circo atravesaba el Estado de Texas. Perfectamente desconocido de todo el mundo, encontró trabajo como descargador, de modo que cada noche, mientras ella andaba por el aire en lo alto sobre la pista, él estaba vigilando a la esposa que le había traicionado. Yo no leo en el pensamiento de los hombres, pero me imagino las sensaciones que experimentaba, allí abajo, el fugado cuando con su mugriento mono azul contemplaba a la dama que tanto daño le había causado, iluminada por el foco de luz brillante, recogiendo el aplauso del público, al mismo tiempo que él sentía todavía, el desapacible cosquilleo de los insectos de la cárcel bajo de su camiseta.

Y esto no era todo. Cada noche contemplaba también a Susannah, su antigua amante, haciéndose más bella todavía en el curso de los años. Supongo estaría pensando que si a Carolle le fallase el pie, sólo por una vez, tendría más que suficiente. Entonces habría satisfecho los deseos de venganza que había acariciado

durante los largos años de estancia en presidio. Entonces estaría libre para hacerse con Susannah para él sólo para siempre.

Así, una noche a la mujer le falló el pie y hubo bastante. La muerte le había escamoteado a Slincy su venganza. Joey, por alguna razón particular, había acudido antes que él, asegurándose de que Carolle no llegara al otro extremo del alto alambre.

El primer pensamiento de Ed debía de haber sido éste: «Supongamos que se descubre que Carolle está relacionada conmigo. Con mi ficha penal, nadie dudará de mi intervención en el asesinato». Y así irrumpió en su carromato, armado con un revólver. Al encontrarme a mí con las manos en el paquete de los documentos personales de Carolle, me los arrebata. Tal vez sabía que el paquete contenía algunas de las cartas que él le había dirigido; tal vez reseñas del matrimonio o fotografías de boda. En fin, algo que pudiese revelar la identidad de la mujer.

Susannah también se había alarmado al pensar en los documentos. La artista sabía que las cosas se pondrían negras para ella sí llegaban a identificar a Stella Carolla como Carolle Slincy. Porque, ¿no había jurado públicamente Susannah que se vengaría de Carolle Slincy algún día? ¿Y no había vivido cerca de ella durante varios años? Cuando sospechó que yo me había apoderado del paquete, se presentó en mi domicilio intentando recuperarlo a toda costa: suplicando, amenazándome o arrebatándomelo.

Llevé mis razonamientos un poco más lejos. Ed Slincy se entera que la policía está al acecho y le busca allí en Nueva Orleans. Sabe bien lo que esto significa: su retrato en todos los periódicos y en la esquina de todas las calles. Todos los policías con deseo de ascenso, con el ojo avizor para dar con él. Comprende que hay que ahuecar el ala cuanto antes. Y así lo hace. En primer lugar, quema el paquete acusador, y, por accidente, incendia todo el edificio.

Me gustaba la forma en que se iba perfilando la historia, pero todavía quedaba un cabo suelto que me azotaba la cara.

Éste era: ¿Qué motivos habría tenido Joey para matar a Stella Carolla? En realidad no se explicaba. Yo sospechaba de dos personas. —Susannah y Ed— con excelentes motivos, y poseía la prueba de que el asesinato había sido cometido por una tercera que, al parecer, no tenía motivo alguno. Para empeorar todavía la cosa, mi prueba acusatoria no sería válida ante ningún tribunal.

Le eché a tía Mara una moneda, y salí de su maloliente carromato. Había pasado por alto el trago que me tenía prometido a mí mismo, pero reconocí que la información bien valía la pena. Me dirigí hacia el carromato de Susannah para continuar mi vigilancia. Avancé disimuladamente. Al acercarme vi luz en su ventana, lo cual indicaba que la artista había regresado de la pista. Apareció en la ventana y hubiera dicho que me miraba a mí directamente, pero me di cuenta que yo estaba en la sombra y que ella tenía la luz tras de sí. Luego volvió a correr las cortinas, y su magnífica silueta apareció recortada en ellas mientras empezaba a quitarse su ropa de trabajo.

Luego se apagó la luz. No tardé más de un cuarto de segundo en comprender que sucedía algo anormal. Me dirigí a toda marcha hacia el carro. Llegué a su lado cuando el silencio relativo de la noche fué roto por el roncar de un motor de automóvil que aceleraba mucho más de lo aconsejable, un «Oldsmobile» negro y bajo salió disparado por debajo mismo de mis narices, cubrió a saltos el desigual terreno que rodeaba el circo, entró en el camino y se dirigió hacia la carretera.

No perdí tiempo mirándole marchar, y me dirigí mi descapotable. Monté de un salto, y apreté el botón de arranque. Nada. Ni una vuelta del motor. Probé otra vez. El mismo resultado. ¡Sabotaje! Levanté el capó y me aseguré de que alguien no hubiese metido mano en la cabeza del delco. Me puse loco de furor. Escupí de rabia, desde luego. Cuando me encuentro en tales ocasiones, no sé lo que me hago.

Una voz sonó detrás de mí:

—Qué, ¿no pita eso, compadre?

Me volví. Frente a mí estaba Joey Fricker, el payaso de la cara blanca.

—¿Lo has hecho tú? —le pregunté.

—No sé de lo que me estás hablando —contestó él. Y luego añadió—: ¿Quién era ése que marchaba tan de prisa?

No se me ocurrió ninguna razón lógica para guarda el secreto, de modo que le dije:

—Susannah Tyrone, y no creo que se haya ido por propia voluntad.

—¿Iba Ed Slincy con ella? —continuó preguntando Joey.

Arqueé una ceja, sorprendido.

—Podría ser —murmuré. Y como Joey se volviera y echara a correr hacia el lugar donde estaban aparcados los automóviles, le grité—: ¡Eh, aguárdame!

Le alcancé en el instante en que se metía dentro de un gran «Packard».

—¡No se admiten pasajeros! —masculló, tratando cerrar la portezuela.

Yo solté un vocablo que no se puede transcribir y entré de todos modos en el coche.

—No harás sino perder el tiempo si intentas desembarazarte de mí —dije—. Yo voy contigo, amigo mío.

Joey se encogió de hombros, y maniobró con el coche para salir del lugar.

—Magnífico cacharro —comenté—. ¿Es tuyo?

—¿Qué importa? —me espetó—. Esto es urgente.

Bajamos por el trozo de camino dando saltos, mientras yo le señalaba la dirección de Nueva Orleans.

—Creo que se han ido hacia allá.

Joey apretaba el acelerador de un modo tan brutal, fue sentí deseos de bajar del coche y volver atrás por si encontraba mi estómago.

—¿Cómo ha sido que sospecharas tan pronto de Slincy? —le pregunté.

—Estaba enterado hace mucho tiempo de quién era Susannah —contestó el payaso—. Hoy me han dicho que Slincy andaba por aquí. Creí no equivocarme. La muchacha intentaba volver por el buen camino. Si ese granuja se ha apoderado de ella otra vez, la va a destrozar definitivamente.

—Eres un tipo gracioso, Joey —observé—. Un día matas a una dama con la misma tranquilidad con que matarías una mosca. Y al día siguiente conduces un coche a una velocidad endiablada para salvar a otra mujer y alejarla de la vida del crimen.

—Tú no tienes prueba alguna de que yo haya matado a Stella —gruñó Joey.

—Pero lo hiciste, Joey. Lo hiciste, ¿verdad? —le dijo suavemente.

—En todo caso necesitarás mucho tiempo para demostrarlo —me contestó.

La respuesta equivalía a un reconocimiento de su culpabilidad.

Muy pronto todos los otros pensamientos, excepto la incógnita de si terminaría aquel viaje con vida, se alejaron de mi cabeza. Habíamos llegado al extrarradio de la ciudad, y Joey continuaba conduciendo como un loco, doblando esquinas sobre dos ruedas y tratando las señales de tráfico como si todavía no se hubiesen inventado.

Yo no veía señal alguna del «Oldsmobile», pero Joey parecía saber, a pesar de ello, a dónde se dirigía. Creí que aquéllos no eran instantes para hacer preguntas.

El «Packard» penetró en la ciudad como una bala, hasta que de repente el «*clown*» dió un frenazo y paró el coche con un terrible chirrido en una calle angosta, y de mal aspecto. Con la mano en la portezuela, comentó:

—Se nos ha escapado. Ahora esto queda entre Slincy y yo.

—Todavía vas con tu maquillaje —le recordé.

Se arrancó entonces la nariz postiza pero dejó la pintura grasienta tal como estaba.

—¿Qué diablos importa? —exclamó.

Sin la nariz falsa vi mejor sus verdaderos rasgos. Era mucho más joven de lo que había creído, aunque sus ojos parecían viejos y malignos como antes.

Subió a la acera, y avanzó apresuradamente calle abajo. Yo le dejé alejarse unos pasos; luego salí del coche, y fui tras él. No sabía si Joey me había conducido al escondrijo de Slincy. De ser así, ¿cómo diantres estaba enterado de dónde se hallaba? Mi vida iba convirtiéndose en una sucesión de sorpresas.

Joey dobló la primera esquina, y entró en un callejón. Yo continué detrás de él, deseando con toda el alma haber llevado encima una pistola. Me preguntaba si el payaso iría armado. Bajo su holgado traje circenses, quedaba espacio suficiente para un par de pianos de cola y un camión para transportarlos. Desde la esquina del callejón le vi deslizarse por la acera, hasta que llegó ante una puerta abierta. Inmediatamente desapareció de mi vista. Corrí hacia la puerta y comprobé que era la entrada posterior de una casa de comidas que daba frente a la calle de al lado. En el estrecho corredor se veían montones de botes de conservas y pilas de comestibles. Dicho corredor daba acceso a la cocina mediante unas

vidrieras oscilantes; de él partía un angosto tramo de escalera. Decidí que aquél era el camino.

Subí los peldaños de cuatro en cuatro. El segundo piso del restaurante estaba ocupado por una serie de oficinas independientes. La primera, según pude leer en la puerta, era de «The Laffalot Novelty Co»[1]. Más abajo, por el corredor, otras puertas estaban rotuladas por el siguiente orden: «Wally Borch, Accounten and Income Tax Consultant»[2] y «The Gold Brick, Investment Corp.»[3]. Otra puerta no tenía rótulo alguno, excepto una pequeña placa de plástico que decía: «Prívate»[4]. Al lado de la puerta había un timbré; una tarjeta de visita con las puntas dobladas, sujeta encima de él, anunciaba que la residencia pertenecía a John Smith. Me imaginé que John Smith era uno de esos individuos que sólo existen sobre el papel, y que alquilan una habitación —escondrijo— con la idea de subarrendarla a personajes deseosos de apartarse de la vista del público. El negocio puede resultar excelente. Decidí luego que John Smith era el sujeto al cual quería ver. Empujé la puerta. Cerrada. Apreté el timbre. El silencio más absoluto. En vista de ello, emprendí a puntapiés con la puerta. Creo que soy especialista en derribar puertas a patadas. Debe de ser consecuencia de que, cuando pequeño, no dejaba nunca espinacas en el plato.

Cuando la puerta cedió, yo retrocedí hasta el rincón del corredor. No solamente resulta cortés apartarse para dejar paso a una bala que salga a toda prisa de una habitación, sino, por añadidura, saludable. Pero de allí no salía bala alguna. No ocurría nada. Nada en absoluto. El silencio empezó a ponérseme en los nervios Había resuelto ya entrar a probar suerte, cuando miré casualmente al suelo. A mis pies iba formándose un charco; un charco rojo de algo espeso que debía de ser, sin duda, sangre. Giré una mirada por el aposento. Era una pieza amueblada con gusto, con una cama de ruedas, un fregadero, un espejo roto, un calendario con una figura de mujer exhibiendo las piernas, y un fiambre en el suelo.

El fiambre era Joey Fricker. Sus brazos y piernas aparecían estirados como las puntas de una estrella; yacía de espaldas con su traje de seda multicolor. Su pequeño sombrero cónico se había desplazado a un lado de la cabeza, y aparecía empapado de sangre.

Sus maquillados ojos y boca estaban abiertos en una expresión que habría arrancados gritos de los chiquillos si le hubiesen visto de aquel modo en el circo… y no digo que los gritos hubiesen ido acompañados de risa, precisamente.

Uno podía pensar que se trataba de una pantomima de Todos los Santos. Alguien debió de haber estado buscando manzanas, y había rajado la manzana de Adán de Joey Fricker por su mismo centro, con una navaja de larga hoja.

Yo conocía una dama que sabía lanzar cuchillos. Sin ir más lejos, aquella misma mañana había arrojado uno contra mí. Al parecer, la influencia de Ed Slincy hacía considerables progresos en Susannah Tyrone. No llevaba media hora con él, cuando ya había despachado un hombre. Verdad que la víctima era a su vez un asesino, pero esto no modificaba en lo más mínimo el carácter de la acción de Susannah. La dama estaba condenada, pensé yo sin piedad. Era una lástima, desde luego.

La ventana daba a la callejuela. La altura no era demasiado grande para saltar hasta la acera. Miré calle abajo, y, tal como esperaba, vi que el «Packard» había desaparecido. Afortunadamente me acordaba de su número. Salí a escape del cuarto, y me lancé por las escaleras. Al pie de ellas tropecé con un sujeto que vestía un mono blanco, manchado de sopa. Algún empleado del restaurante.

—¿Quién es usted? —me preguntó, retador.

—El Ángel de la Muerte —le contesté a bocadejarro—, y si no me cree, échese un vistazo arriba. Encontrará en el suelo un payaso muerto. ¡Tome!

Y le di la nariz postiza de Joey. El hombre quedóse mirándola con expresión estúpida, mientras yo salía a la calle.

Cuando estaba un trecho abajo oí que el del mono blanco empezaba a chillar. Entré en una droguería, y me puse al habla con O'Rourke.

Yo soy un ciudadano concienzudo. Le hice una reseña del crimen, y añadí las características y la matrícula del «Packard». A continuación, salí y fui a echar el trago que se me debía hacía largo rato.

CAPÍTULO VII

Llamé a la redacción, y le di a Reagan, corregida y aumentada, la historia de miedo que me había pedido. La única diferencia estaba en que ahora era verdad, y muchísimo mejor de lo que él había esperado.

—Magnífico —me dijo, cuando acabé de dictar. Luego añadió—: Oye: ¿sabes que ocurren cosas muy extrañas en ese circo? Gente asesinada…, incendios…, y ahora…

—¿Ahora, qué? —pregunté.

—¡Un feroz león que se ha escapado hace unos instantes! —me contestó—. Como digo: el más grande y más fiero de los leones machos. Voy a empalmar el reportaje que me acabas de transmitir, con esta última noticia, y le pondré unos titulares que dirán: «¡*Dos devoradores de personas, sueltos por Nueva Orleans*! ¿Qué tal te parece?».

—Diabólico como el mismo diablo, pera ya está bien. ¡Adelanté! Y ahora, Reagan, déjame que te diga que eres un verdadero genio cuando se trata de dar a un clavo con un martinete, pero si esperas que me pase la noche cazando leones, andas muy equivocado. Yo soy un reportero de crímenes; no un explorador de la selva.

—¡Bien, hombre, bien! —exclamó Reagan—. ¡Precisamente de un crimen se trata! Según parece, al león ése lo han soltado deliberadamente.

—¿Eh?

—Como te digo: alguien golpeó en la cabeza al guardián de noche con un instrumento contundente, y abrió la puerta de la jaula —replicó Reagan.

—Más bien parece como si el león hubiese sido robado… —opiné yo.

—¡Pero hombre de Dios, no digas disparates! —protestó Reagan —. ¿A quién se le ocurre robar un león?

—A nadie, desde luego —repuse—, como no sea a un explorador de talentos para una compañía cinematográfica, o a un chiflado.

Me acordé entonces de las palabras de Grazia Mara observando la bola de cristal. «Veo a un hombre loco por los leones», había dicho. «Loco de remate»…

Me dije que debía esforzarme en no divagar. Yo creo en las pitonisas tanto como en Santa Claus o en que lo más delicioso del mundo sea estar entre buenas chicas. De todos modos me produjo una sensación rara oír mi propia voz repitiendo aquella profecía hecha por la vieja dama del fantasmagórico carruaje.

Llamé de nuevo por teléfono; esta vez a una casa de recambios de automóviles para decirles que vinieran a toda máquina para colocar un nuevo distribuidor en el delco de mi coche. A continuación cogí un «taxi» y regresé al lugar donde estaba emplazado el circo. Los policías se habían volcado allí como una nube de moscas sobre una carroña.

Uno de los ayudantes de O'Rourke, el teniente Mike Menotti, estaba al frente de una patrulla de *flatfeet*[5] que iban registrando el carromato de Joey, el payaso, desde las ruedas para arriba. Mike me dijo que su jefe estuvo en el lugar del asesinato, y que se había lanzado la voz de alarma ordenando urgentemente la persecución de Ed Slincy.

—¿Tiene usted idea de la causa que pudiera haber motivado el suceso, Ricky? —me preguntó Mike.

—Hay unas faldas de por medio, me figuro —repuse—. Según parece, Susannah Tyrone, la dama que trabajaba en el número de los leones, era una antigua amante de Ed. Desde que Ed regresó de la cárcel, Joey pretendía haber tenido a la dama bajo su paternal cuidado, si así podemos llamarlo. Esta noche, temprano. Susannah fué raptada, por Ed lo más probable. Joey se puso como loco, y se lanzó tras de Ed con ánimo de hacerle papilla. Al parecer, sabía dónde estaba el escondite del convicto. Pero alguien alcanzó a Joey antes con un cuchillo.

—¿Y ese alguien, podría ser Ed Slincy? —inquirió Mike.

—Desde luego, así lo quisiera yo —repliqué, puesto que me

resistía a ver a la hermosa Susannah Tyrone convertida en asesina. Yo soy así de raro, tratándose de señoras—. ¿Qué huellas digitales se han encontrado en el mango del cuchillo?

—Cuando estuve con el jefe hace un rato, me dijo que ninguna en absoluto. El que lanzó el arma llevaba guantes, o limpió el mango a continuación.

—Esto es una buena ayuda —comenté yo—. ¿Han encontrado algo por aquí, que arroje alguna luz sobre Joey?

—Todavía no —respondió Mike, mirando a sus atareados hombres—. Pero estamos trabajando en ello.

En aquel preciso instante, uno de los policías gritó con una especie de voz que parecía un gorgoteo, desde el interior del carromato:

—¡Suba usted, teniente! ¡Eche una mirada a este alijo!

—¡Alijo!

Menotti subió la escalerilla de un salto. Yo entré en el vagón detrás de él. Uno de los policías, con la cara encarnada, refulgente de sudor y triunfo, estaba ante el camastro revuelto, sobre el cual aparecía un montón de diamantes que habrían bastado para pagarme el salario que merezco, y que no es grano de anís, que digamos. Los diamantes estaban repartidos en exquisitos brazaletes y pendientes, collares y sortijas, y sobraban todavía unos puñados de piedras sueltas esparcidas sobre la colchoneta como estrellas caídas del cielo. Todos quedamos mudos por un instante, contemplando, pasmados, la inesperada visión, como chiquillos que pegan la nariz al escaparate de una dulcería.

Cuando, al fin, Menotti habló, produjo el efecto de un pinchazo lento en una rueda.

—¡Giiiiiz! —Y cogiendo una almuerza de diamantes que habría constituido un par de fortunas, se dirigió a mí, preguntando—: ¿Reconoce usted esto?

Yo moví la cabeza en señal negativa.

—Tendré que ir a comprobar mi arca de joyas, antes que pueda afirmar que son mías —contesté.

Menotti puso una expresión de hombre enterado, y anunció sentenciosamente:

—Son los diamantes, de Glassman.

La sola pronunciación de este nombre invitaba a hacer sonar un

silbato en cualquier lugar. Vittorio Glassman era un magnate del petróleo, que vivía en un palacio de mármol en Dallas, Texas. Era uno de los pocos ricachos conocidos con dinero suficiente para poder permitirse el lujo de poseer aquella centelleante exhibición de alhajas que ahora yacía allí, sujeta a nuestra inspección crítica. Vittorio Glassman había sido robado hacía un par de meses.

El robo fué sonado. El magnate ofrecía una espléndida fiesta en su palacio, repleto de riquezas. Su mujer apareció en la recepción cubierta de joyas; su rollizo y empolvado cuello, hombros y brazos, se encorvaban bajo el peso de tanto diamante como ostentaba. Un par de detectives particulares cuidaban de seguirla por donde quiera que fuese, procurando que la señora no dejase caer distraídamente alguna pieza valorada en un millón de dólares, pero hubo un lugar al cual no la siguieron. Ya supondrán ustedes a qué lugar me refiero. La astucia del ladrón de joyas fué admirable; se había escondido allí, precisamente. ¡Imagínense el susto que debió sufrir *Mrs*. Glassman cuando dió la vuelta al tirador de la puerta, y se encontró con que tenía compañía! El ladrón no le dió tiempo siquiera para que le preguntase si había sido invitado. La asestó un terrible porrazo en la cabeza con un recio calcetín lleno de trocitos de plomo, y la despojó de todos los diamantes, incluso del último pendiente, escapándose luego por la ventana y bajando por la tubería de desagüe.

Cuando el ardor profesional de los detectives privados venció al fin su sentido de la etiqueta, y echaron abajo la puerta del excusado, se encontraron a *Mistress* Glassman tendida en el piso de mármol como un bacalao de la semana anterior, sin otro objeto brillante encima que sus dientes de oro.

Todo lo que se pudo descubrir acerca del ladrón, fué que había venido a la fiesta en representación del cónsul de Bratislavia en Fort Worth. Había traído consigo a una llamativa rubita que hizo el papel de *Mistress* Cónsul, la cual también había desaparecido cuando cundió la noticia del robo. A ninguno de los dos se les había vuelto a ver por ninguna parte, como tampoco al «paquete» de *Mrs*. Glassman, el mismo que estaba contemplando yo ahora boquiabierto, junto a otras muchas chucherías, sobre el camastro del carromato de Joey Fricker.

—Estaba cosido dentro del colchón —dijo un policía.

—De modo que ése era el fulano que hacía el papel de padre de Susannah Tyrone, ¿eh? —comentó, irónico, Menotti—. Benita columna de virtud ha resultado, a fe mía. Oiga, Drayton, según esto, la dama que hizo el papel de esposa del cónsul en el palacio de Glassman, debía de ser Susannah, sin duda alguna. Por lo visto, esa pareja trabajaba a destajo, en Dallas, por aquellos días.

—Eso parece —asentí—. El verdadero nombre de Susannah es Josie Wederburn. Es una hembra muy inteligente, que ayudó a Ed Slincy en sus fechorías de los tiempos pasados. Entró a formar parte de este circo por una doble razón: para estar cerca y frente a Carolle Slincy, la dama que había metido en chirona a su marido, y para correr la aventura al lado de Joey Fricker, que la trataba del modo a que estaba acostumbrada. Parece que debía de serle bastante útil a Joey, lo cual explica que el hombre se pusiera tan furioso cuando se presentó Ed y se la llevó consigo.

Menotti completó la teoría:

—Sí, y cuando Joey la sigue y trata de convencerla para que vuelva a sus brazos amantes, alguien le pincha en la garganta con un cuchillo.

—Sí —admití— y podría decirle también que la misma Josie es bastante hábil arrojando cuchillos. No hace mucho lanzó uno contra mí. Me agaché a tiempo; de lo contrario, no estaría ahora contándolo.

—¿De veras? —preguntó Mike, sorprendido—. Gracias por la advertencia. Nadie lo hubiera dicho.

—Las mujeres tienen cosas raras —proseguí, haciendo caso omiso de su ignorancia. Cuando Joey se presentó en el escondrijo de la pareja, tal vez empezó a abrir su enorme boca para explicar sus relaciones con Susannah. Y ésta, para evitar que su primer amante se enterase de sus andanzas recientes, le arrojó el cuchillo, reduciéndole al silencio.

—Se acerca usted probablemente a la verdad —asintió Mike—. Ahora mismo voy a llamar a O'Rourke para decirle que hay que buscar a Susannah al mismo tiempo que a Ed.

El teniente bajó corriendo la escalerilla del carromato, y se dirigió al café más próximo que tenía teléfono. Yo saludé al resto de

los policías, que seguían mirando boquiabiertos el botín extendido encima de la cama.

—Hasta luego —dije—; no se queden con ningún recuerdo.

Cuando uno ha imaginado quién es el presunto asesino pero no conoce todavía sus motivos, lo más recomendable es buscar qué culpa secreta escondía. Un individuo se esforzará lo indecible para mantener oculta su secreta culpa…; matará incluso. El mortificante secreto íntimo de Joey Fricker había sido su carrera como ladrón de joyas. Era muy probable que Stella Carolla se hubiese enterado de ese secreto, lo cual había inducido a Joey a verter narcótico en su medicina contra el resfriado, a fin de hacerle fallar los pies en lo alto del alambre. En definitiva, su motivo, o lo que fuese, no importaba mucho en aquellos momentos, puesto que ahora Joey estaba más muerto que una momia faraónica, con un cuchillo en el gaznate.

Avancé entre la obscuridad de los carros alineados, hasta un punto donde un foco de luz eléctrica danzaba como un fuego fatuo entre las jaulas de las fieras. Un policía estaba de rodillas ante una puerta abierta, indagando cómo habían arrancado el candado de su pasador. El Profesor Ludmilio, que con su batín de franela amarillo y su mostacho alicaído tenía ahora un aspecto mucho menos teatral, se movía inquieto a un lado.

—¿Qué ocurre, Profesor? —le pregunté.

—¡Alguien ha soltado a *Charlie*! —se lamentó.

—¿Tan malo es eso? —continué.

—Nada bueno puede resultar —repuso él—. *Charlie* es el más grande y el que más trabajo me cuesta dominar. Solamente hay una persona que le pueda manejar: Susannah; ella sí sabe hacer de él lo que quiere.

—¿Quiere usted decir que si este animal anda suelto por ahí, es probable que entre en la ciudad y se coma a las mujeres y a los niños?

—Yo no sé si se los comerá —contestó ni Profesor—; no creo que esté hambriento todavía… pero no será extraño que le dé algún mordisco a alguien, sólo para divertirse.

Entonces me dirigí al policía.

—¿Qué deducciones saca usted? —le pregunté.

—Es indudable que ese animal ha sido soltado deliberadamente

—dijo convencido—; podremos saber algo más cuando Abner, el guardián, recobre los sentidos. Ahora está en la enfermería, con una conmoción cerebral bastante seria.

En aquel instante llegó una furgoneta que, aunque no llevase ninguna inscripción, decía a las claras que pertenecía al departamento de policía. La doble puerta de la parte trasera se abrió de par en par: dos sabuesos baboseantes saltaron al suelo, arrastrando tras de sí a un policía que tiraba de ellos con cara de preocupación.

—Nadie ha dado cuenta de haber visto a ningún león suelto —explicó el primero de los policías—. Por eso nos hemos figurado que sería mejor utilizar estos perros.

El agente que era conducido por los sabuesos llevaba una carabina en la mano. Al verla, el profesor Se puso pálido.

—¡No vaya usted a matar a mi «Charlie»! —clamó—. Ese animal me cuesta cinco mil dólares. Lo compré en México City, y todavía le quedan diez años de vida activa en el circo.

—Le costará a usted muchísimo más si le da por morder a cualquiera —terció el segundo policía. Y dirigiéndose a su colega, le dijo—: Fred: en el fondo de la furgoneta hay otra carabina. ¡Cógela!

—¡Aguárdenme! —gritó el Profesor. Y recogiendo la falda de su batín, echó a correr hacia su carromato.

Unos minutos más tarde, mientras los sabuesos venteaban el rastro partiendo de la puerta de la jaula, el hombre regresaba vestido con pantalón y en mangas de camisa, llevando una malla y un taburete de los que suelen usar los domadores de leones.

Algunos empleados del circo aparecieron armados de cuerdas y palos. Evidentemente había dos tácticas y dos ideas en torno al león: El personal circense lo quería vivo; los policías lo deseaban muerto. Entre tanto, los sabuesos, ya en posesión del rastro del rey de la selva, husmeaban con el pelo erizado. El perro viejo emitió un ladrido que helaba la sangre, y partieron a un paso largo y firme, rastreando el suelo, sobre el que arrastraban sus caídas orejas, y obligando al policía que los llevaba a marchar a un ritmo intermitente entre paseo y carrera, mientras los demás seguíamos, cerrando la procesión. A un paso vivo llegamos hasta la carretera principal.

Entonces los ladridos del perro macho se convirtieron en un

gemido enigmático mientras que la perra se sentaba sobre el asfalto y se rascaba la oreja.

El perro empezó a describir círculos sobre la carretera, y volvió luego hacia su amo con la cola caída, hasta que se tendió a sus pies.

—¿Qué diablos significa todo esto, Grady? —preguntó el otro policía.

Grady se echó hacia atrás la puntiaguda gorra, y se pasó la mano por la frente.

—Nunca he visto que «Nerón» cometiese un error declaró. —Ya sé que parece algo raro, pero al león deben de haberle salido alas o ha subido a algún vehículo. El rastro llega hasta la carretera, y aquí desaparece como por encanto.

—¿Quién es capaz de dejar subir a su coche a un león extraviado? —preguntó Fred, sarcásticamente.

—Tal vez «Charlie» ha saltado por la parte trasera de un camión que estuviese parado por aquí, y el conductor haya puesto en marcha el coche sin saber que llevaba un pasajero —sugirió el Profesor.

—Creo que esto es lo más probable —dijo Grady—. De todos modos, aquí no tenemos nada que hacer —y a continuación llamó a los perros, silbando—. Ven acá, «Nerón». Acércate, «Popea». ¡Vámonos!

—¡Un momento! —exclamé yo—. ¿Cómo les llama usted a esos sabuesos?

—«Nerón» y «Popea» —repuso Grady—. Igual que un emperador romano y su esposa. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada —contesté yo—. Nada en absoluto. Se me ha ocurrido solamente una idea.

CAPÍTULO VIII

¡Sí, hermano! ¡Seguro que tuve una idea! De buena gana me habría pegado a mí mismo por no habérseme ocurrido un buen rato antes. Unas observaciones casuales que habían permanecido colgadas en el fondo de mi mente cual telarañas, salían ahora a la luz y empezaban a concatenarse lógicamente. Una, por ejemplo, cuando Henry Bastable, el maestro de escuela enamorado de Susannah, había dicho refiriéndose a la artista: «Es mi Popea». En aquel momento no me llamó lo más mínimo la atención aquella cita extraña. Ahora le encontraba sentido. La advertencia de tía Mara sobre un hombre loco por los leones, tenía también un nuevo significado. El hecho de que hubiese encontrado a Bastable en la carretera llevando un violín poco después de ocurrido el incendio en el circo, también significaba algo.

Fueron los nombres que Grady había dado a sus perros los que me habían sugerido la idea. Nerón y Popea. Yo fui expulsado de la Escuela Superior por haber besado a la profesora de música, lo cual acaeció antes que hubiese adquirido mucha cultura, pero a pesar de ello podía recordar que Nerón era un emperador romano casado con una dama llamada Popea, y que él tocaba el violín mientras Roma ardía, por los cuatro costados, y también que tenía la costumbre de echar gente a los leones en su circo.

Henry Bastable me había causado desde el principio la impresión de que era un tipo lunático, monomaniaco… Pero ¿hasta qué punto puede uno ser maniático? Si mi idea era acertada, aquel tipo tenía la manía de que era Nerón. La cosa tenía lógica ahora. Pegar fuego al barracón de los obreros, no era comparable tal vez con el incendio de Roma, pero Henry estaba allí tocando su violín e imaginándose que era Nerón.

Debía de haber sido Henry quien se había llevado a Susannah («su Popea») y, con ayuda de la artista, a «Charlie», el león. Nerón, según recordaba yo, fué muy famoso en su época por arrojar gente a los leones; Henry habría necesitado a Susannah para representar una parte de su plan. El profesor Ludmilio me había dicho que Susannah era la única persona que sabía cómo había que manejar al feroz y corpulento animal.

Me esforcé por recordar las enseñanzas de la escuela lejana y las películas épicas, para refrescar la memoria sobre cualquier otro hecho que hubiese contribuido a la fama de Nerón. ¡Todo lo que pude recordar fué una dama principal, en un baño de leche de burra!

Una pequeña furgoneta del garaje se acercó, traqueteando por encima del césped. Le hice una señal al conductor. El vehículo se paró a mi lado, y el chofer sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿*Mr*. Drayton? —preguntó.

—Yo mismo —repuse—. ¿Trae usted el chisme ése para mi automóvil? —le pregunté.

El hombre hizo una señal afirmativa, y yo le acompañé hasta el lugar donde estaba mi descapotable. En un par de minutos estuvo colocada la pieza. Pagué, y monté en el coche. Cuando salía de los terrenos del circo para entrar a la carretera, Fred y Grady, el Profesor y sus hombres, estaban todavía en el mismo punto discutiendo qué podía haber sido de «Charlie». Los sabuesos dormían al borde del césped.

En los suburbios de la ciudad me paré ante un *saloon*, y eché un vistazo a un listín telefónico para saber la dirección de Bastable. Me pareció que daría la sensación de rudeza si salía sin beber algo. Pedí tres copas, una tras otra, para estar seguro de que no se ofendería nadie. Bastable, según había descubierto, vivía en un barrio de clase media, llamado Lamouret Park. No sabía qué podía encontrar allí, pero resolví llegarme y echar un vistazo.

Lamouret Park no tiene parque alguno. El barrio consiste en varias calles de casas de madera, todas iguales, cada una con una blanca empalizada al frente, rodeando un pequeño jardín que llega hasta el borde de la carretera. Tiene unas cuantas tiendas y una casa de licores, cuatro garajes y un salón de cine para la vecindad.

Cuando llegué allí, se veían pocas luces en las casas. El distrito

es uno de los habitados por gente apacible, respetable, que se acuesta temprano. Un lugar como aquél era el último en que uno podía imaginarse encontrar a un individuo loco que tenía la manía de ser Nerón, planeando una deliciosa orgía y arrojando extrañas almas a los leones… Claro que uno nunca sabe lo que puede esconderse tras una fachada venerable. Tal vez el rollizo señor que lleva a los chiquillos y a la señora a un cine o a un concierto municipal, sea nada menos que un bígamo y un Landrú… ¿Quién sabe, sino la misma señora Jones, si en sus partidas de *bridge* de los sábados por la tarde, no mezcla vidrio molido con el azúcar en polvo de sus invitados? Yo no podía decir que en aquellos instantes Susannah Tyrone no estuviese recreándose en un baño de leche de burra en casa de Bastable, mientras Henry, en el saloncito contiguo, le daba a «Charlie» trocitos de *Mrs*. Bastable…

La casa parecía bastante quieta desde el exterior. Las cortinas, tras la ventana del cuarto delantero, brillaban iluminadas por la luz suave del interior. Evidentemente, alguien estaba todavía levantado, aunque no se oía ningún alarido de mujer ni rugir de leones… y tampoco que nadie estuviese tocando el violín. Lo cual constituía un desahogo para mí. Pulsé el timbre.

Un minuto después se abría la puerta, tras la cual apareció una mujer de alta estatura y cara desvaída. Su boca era una especie de corte muy delgado, como pecho con una navaja, y sus ojos parecían mezquinos. En aquellos instantes, la señora parecía cansada y ansiosa.

—¿Qué desea usted, joven? —me preguntó.

No me paso por alto lo de «joven», que le agradecí.

—Soy de la Jefatura de Policía —dije mintiendo.

La dama palideció de pronto, al tiempo que su sarmentosa mano se ponía temblando sobre el corazón.

—¿Le ha sucedido algo a Henry? —preguntó, con voz entrecortada.

—No lo sé… todavía —contesté—. ¿Es usted la señora Bastable?

Ella asintió con un movimiento de cabeza, y me invitó a entrar. Aguardé para hablar hasta que estuvimos en la salita frontal, que aparecía repleta y sobrecargada de retratos de familia y cacharros, del período de la guerra civil. En un rincón había una mesa escritorio, cubierta de libros y papeles, que con la silla aneja

constituía el único mobiliario de aquella habitación. La silla no estaba simétricamente colocada, por lo que deduje que *Mrs*. Bastable acababa de levantarse de ella.

—Tenemos motivos para creer que su marido está ayudando a escapar a un criminal reclamado por la justicia. ¿Tiene usted idea de dónde podría encontrarse en estos momentos?

—¡Henry no haría tal cosa! —replicó la dama—. ¡No tiene valor para eso! —añadió con sarcasmo.

—El criminal en cuestión es una mujer más bien hermosa —insinué.

Los ojillos malignos de *Mrs*. Bastable centellearon.

—¡Aguarde a que le eche las manos encima a ese granuja! —exclamo, irritada ahora. Yo empecé a vislumbrar qué era lo que había hecho perder la cabeza al pobre Henry. *Mrs*. Bastable añadió, después de un instante de reflexión—: No le he visto por aquí en todo el día…

Entonces señalé la mesa escritorio, y pregunté:

—¿Y esto, qué? Parece como si alguien hubiese trabajado aquí. ¿Está usted segura de que Henry no ha estado hoy en casa?

—Ésta es mi mesa de trabajo —declaró la señora con dignidad ofendida—. Ha de saber que soy la Secretaria Honoraria de la
Y. W. P. G.
(Asociación para la pureza de la Mujer Joven), delegación de Lamouret Park… He revisado las cuentas semestrales. Desgraciadamente, un pequeño resfriado me ha impedido salir con mis compañeras a la jira campestre que han organizado esta tarde.

—¡Perfectamente! ¡Muy edificante, señora! —Ponderé—. Pero ahora debe saber que su cara mitad no sigue el mismo camino y anda por ahí en compañía de una artista que por más señas está especializada en lanzar cuchillos. Quisiera que usted me dijera el lugar donde es más probable que pueda esconderse su marido.

No obtuve respuesta alguna de *Mrs*. Bastable, porque la pobre se había dejado caer en un sillón y estaba respirando penosamente, con la boca abierta. No me extraña, sin embargo, que una dama como aquélla hubiese sufrido una conmoción tan tremenda al enterarse, después de tantos años, del verdadero carácter de su recatado marido.

De pronto el teléfono de encima de la mesa sonó estridente.

Como *Mrs*. Bastable no estaba en condiciones de contestar a la llamada, me apresuré a coger el aparato y decir:

—Residencia del señor Bastable.

—¿Está *Mrs*. Bastable ahí? —preguntó una voz femenina, en tono de ansiedad.

—Voy a ver en seguida —contesté—. ¿De parte de quién, me hace el favor?

—Dígale usted que es Amelia Lightbottom —respondió la voz.

—Se lo voy a decir, si usted lo desea, pero no confío que me crea.

—¡No sea impertinente, joven! —se quejó entonces la dama. Aquella noche los años se desprendían de mí cual nieve al derretirse. La voz, al otro lado del hilo, prosiguió chirriante: ¡Yo soy *Mrs*. Lightbottom, presidenta de la Asociación Local de la
Y. W. P. G.!

—Perdone usted, señora —repliqué—. *Mrs*. Bastable no se encuentra muy bien en estos instantes. ¿Quiere que le transmita su encargo?

—Dígale que me llame tan pronto como pueda —repuso *Mrs*. Lightbottom—. Estoy muy preocupada. El autocar que ha llevado a las chicas a la jira campestre, no ha regresado todavía. Hay un retraso de media hora.

Se me ocurrió una idea. Una idea interesante.

—¿Dónde se celebraba la jira, señora? —pregunté.

—En Lake Pontchartrain —contestó Amelia. E insistió—: Hace media hora que el autocar debía de hallarse ante el edificio de la
Y. W. P. G.
de Lamouret Park.

—¿Será posible? —murmuré para mí.

—¿Quién es usted? —inquirió *Mrs*. Lightbottom—. Supongo que no será *Mr*. Bastable, ¿verdad?

—No —contesté—. Soy un viejo amigo de la señora Bastable. ¡Adiós!

Y colgué el aparato.

Encendí un cigarrillo y expulsé unos círculos de humo concéntricos, uno tras otro. Mientras contemplaba cómo se desintegraban, me di cuenta del significado de aquella conversación. Había recordado algo más acerca de Nerón, el

emperador romano, cuya representación había asumido Henry Bastable. Nerón arrojaba cristianos a los leones. Ahora, a menos que yo me equivocase mucho, el maestrillo de escuela, loco como una cabra, tenía a mano sus cristianos: todo un autocar lleno de ellos.

No me entretuve en decir adiós a *Mrs*. Bastable. Salí de la casa, y monté al coche de un salto. Apreté el botón de arranque, y encaré el morro del descapotable hacia Lake Pontchartrain marchando a todo gas. Debía evitar que un puñado de criaturas fuesen sacrificadas en una sangrienta parodia de fiesta romana.

Avanzar en automóvil hasta la orilla del lago no es cosa fácil. Los árboles enlazan sus ramas para susurrar secretos por encima del camino, y la niebla que se mece sobre la honda y pantanosa superficie hace palidecer los focos del coche, con lo cual todas las cosas adquieren un aspecto fantasmagórico, irreal. Los sapos elevan su canción discordante; en la lejanía, una chotacabras hace oír sus notas primitivas, melancólicas. Y debajo de todo ello se oye el murmullo sibilante de las olas al chocar, agonizando, en la enlodada orilla del lago. ¡El lugar adecuado para llevar a una tía solterona nerviosa y explicarle historias de fantasmas!

En todo el camino no me crucé siquiera con una bicicleta —mucho menos un autobús—, y ya estaba pensando que había llegado demasiado tarde cuando, cerca de la orilla del lago, cuya superficie refulgía entre los troncos de los árboles cubiertos de musgo. Vi un coche aparcado. No tenía ninguna luz encendida por dentro ni por fuera, y no se veía a nadie a su alrededor. Detuve mi descapotable, y me apeé para efectuar una inspección.

El vehículo estaba vacío y abandonado, pero observé que despedía un olor análogo al de un gato macho, aunque mucho más fuerte. Era el olor de un león. Mezclado con él se notaba otro perfume casi ahogado por el rancio olor del rey de la selva. Éste me era más conocido, sin embargo, ya que pude identificarlo como el «Chanel número 5», usado por Susannah Tyrone.

El automóvil aquél estaba encarado hacia la misma dirección que mi descapotable. Monté otra vez, y quemé unos cuantos centenares más de yardas de asfalto. En menos de un minuto estuve abajo, en la orilla del lago, sobre una explanada de tierra pelada donde solían merendar los excursionistas. Algunos papeles sobre la hierba, y la profunda huella de las ruedas de un autocar largamente

estacionado allí, indicaban que aquél era el lugar desde el cual el grupo de la
Y. W. P. G.
había iniciado su truncado regreso a la ciudad. Y sin embargo, yo no me había cruzado con ningún autobús que marchase en dirección a Nueva Orleans, y según había podido comprobar, la carretera no tenía precisamente desvío o ramal lateral alguno.

La única explicación posible era la de que Bastable, ayudado por Susannah y «Charlie», el león, habían atracado el autocar, lo había hecho volver y lo había conducido por la carretera que rodeaba el lago en dirección al otro extremo de la gran extensión de agua, donde el terreno se hacía cada vez más accidentado e inhospitalario, con un aspecto parecido a las famosas Everglades de Florida.

De nuevo monté en el descapotable y continué la persecución. La carretera aparecía resbaladiza, a causa de la tremenda humedad. En aquella fétida atmósfera tenía que conducir con cuidado ciñéndome a la reluciente cinta negra que apenas podía distinguir, saltando por encima de baches profundos y, de vez en cuando, teniendo que dar un frenazo para evitar una ardilla o un coyote agachados frente al coche, deslumbrados e hipnotizados por los focos. Fué en una de estas ocasiones cuando vislumbré el brillo de algo blanco al lado de la carretera. Cuando volví la cabeza hacia allí, el objeto se movía. Cogí una lámpara eléctrica del cajón frontal del coche, y descubrí la figura de un muchacho de color y su novia; la orla de la falda de ésta era lo que había visto. La pareja parpadeó, y sonrió de un modo tímido e inocente.

—¡Oigan, niños! —les grité—. ¿Han visto un autocar hace un rato, en esta misma dirección?

—Sí, en efecto —repuso el joven—. ¡Y que iba a una velocidad del diablo! Hará cosa de unos veinte minutos. Iba carretera abajo… —terminó, señalando frente a mí.

—¡Gracias! —contesté, soltando el embrague otra vez.

Estaba sobre la pista, pero Henry me llevaba una gran ventaja. Dos millas más adelante llegué ante la primera bifurcación que encontraba en la ruta. Esta vez no había nadie para decirme la dirección que había tomado el autocar. El ramal de la izquierda seguía por el borde del lago. El de la derecha subía hacia un terreno

más alto y, por lo que yo conocía, perdíase más adelante entre rocas y matorrales. Conducía a una meseta de tierra árida donde no crecía una sola mata de hierba, y a la que ni los buitres se acercaban porque nada ni nadie moría allí, toda vez que nadie podía vivir allí tampoco.

Traté de sincronizar mi cerebro con la calenturienta mente del tipo a quien estaba persiguiendo. El hombre tenía a su Popea y a su león. Ahora poseía incluso a sus cristianos. ¿Qué necesitaría más, para redondear su loco deleite, en el mundo de su extraviada fantasía?

Yo suponía que Henry necesitaba algún lugar parecido al circo romano, donde pudiese entregar a las chicas de la
Y. W. P. G.
a «Charlie», el cual debía ya a la sazón empezar a sentir un poco de apetito. Abajo, por la orilla del lago, no había nada más que charcos, tierra pantanosa, rocas que parecían caimanes y caimanes que parecían rocas. Pero la desierta meseta estaba moteada por algunos manantiales secos y depresiones en la arena y en el suelo pizarroso, que constituirían un decorado excelente para sus propósitos. Torcí el volante a la izquierda, y avancé hacia la zona de terreno bautizada por los indios con el nombre de *Topo-ma-Tattan*: El Desierto de la Muerte.

CAPÍTULO IX

La carretera se borró en cuanto alcancé la alta meseta. El suelo era demasiado duro y rocoso para pudieran verse huellas que indicaran la dirección del autocar. La difusa luz de la luna se filtraba entre nubes, haciendo resaltar la sombra de las rocas. Cualquiera de las más grandes podía tomarse muy bien por el vehículo que estaba buscando. Apagué los faros y paré el coche. De pie encima del capot, giré una amplia mirada en derredor. Un trecho más adelante y un poco a la izquierda, vislumbré momentáneamente algo que parecía como una llamarada de color naranja, cosa que pude muy bien atribuir a una ilusión de mis ojos sobreexcitados, de no ser por un agudo restallido, seguido de espantosos alaridos que se oyeron a continuación.

Cogí de nuevo el volante, y sin encender las luces, avancé en dirección al punto de donde llegaba el ruido. Cuando hube recorrido unos centenares de yardas, paré otra vez, cerré el contacto, y me apeé decidiendo salvar a pie el resto del camino. Debía de haber parado el coche en una pequeña hondonada, puesto que ahora un veía delante de mí más que tierra árida y rocas. Mis zapatos de suela de goma apenas hacían ruido en el duro suelo, mientras avanzaba a toda prisa con la esperanza de no perder la orientación, como suele ocurrir con facilidad en un desierto como aquél. De pronto me encontré subiendo una ligera pendiente. Cuando llegué a lo alto, el velo de las nubes se rasgó súbitamente ante la faz de la luna. Me eché al suelo; la escena que tenía enfrente resaltaba como si hubiese sido iluminada por los focos de un escenario.

Aproximadamente un par de docenas de muchachas de dieciséis a veinticinco años aparecían acurrucadas en el centro de una hoya

circular, de unas veinte a veinticinco yardas de diámetro. En el borde de la hoya, casi frente a mí, estaba sentado Henry Bastable. Iba cubierto con una sábana en forma de túnica romana; una corona de hojas de laurel rodeaba su calva sien, y una mano lacia y abultada sostenía un racimo de uvas que llevaba hacia la boca. Lo único que desentonaba era que en la otra mano, la que no llevaba las uvas, brillaba el metal azul de una pistola. La pistola apuntaba a Susannah, que estaba separada de él unas yardas, acariciando dulcemente con la mano la melena de «Charlie». El león estaba sentado sobre sus ancas, rugiendo suavemente, mirando con aire pensativo a las muchachas de la
Y. W. P. G.,
y sacando la lengua como anticipándose al banquete. A los pies de Henry, yacía un cuerpo inerte vestido con uniforme azul, que deduje sería el del chofer del autocar.

Henry Bastable estaba hablando, entre ruidosos bocados de uvas.

—Según tenemos por costumbre —anunció—, he ofrecido este sacrificio a los dioses al comenzar los Juegos.

Aquí indicó al chofer del autocar con un desdeñoso movimiento del pie. Sus pantalones a rayas asomaban por debajo de la túnica. Su aspecto era absurdo. En cualquier otra ocasión hubiera yo reventado de risa. Ahora no; desde luego, no.

—Nos acercamos a la principal atracción del programa —prosiguió Henry—. ¡Mi espléndido león criado en la selva, va a devorar a las vírgenes cristianas!

«Charlie» gruñó como en señal de aprobación, y se movió inquieto bajo la mano de Susannah.

—Si alguna de vosotras intenta huir —advirtió Henry a las muchachas— le dispararé a las piernas, y el león la devorará a sus anchas. Creo que sería muy apropiado que os arrodillaseis todas en actitud de orar entonando himnos de desafío a la religión establecida por la Roma imperial.

La sugerencia no era necesaria. La mayoría de las infortunadas muchachas estaban ya de rodillas. Algunas de las más jóvenes sollozaban de terror, a pesar de los intentos de sus compañeras de más edad para calmarlas. Muchas miraban como deslumbradas, algo así como si creyeran que todo aquello no era más que un sueño

del cual no tardarían en despertar.

En realidad todo aquélla parecía irreal, alucinante. Henry Bastadle, envuelto en su túnica y con su corona de laurel; Susannah Tyrone, con su vestido de malla estrellado; «Charlie», hendiendo el suelo con una garra y emitiendo suaves rugidos desde lo más hondo de la garganta, y el cadáver terriblemente inmóvil del conductor del autocar, yaciendo sobre la tierra blanca, arenosa. Y el conjunto de la escena iluminado por la luz blanquiazulada de la luna, que se derramaba sobre un paisaje semejante al de un planeta muerto.

Transcurrieron unos minutos de silencio sepulcral. Luego. Henry habló otra vez:

—¡Popea: suelta al león! —ordenó, dirigiéndose a Susannah.

Susannah volvió hacia él su rostro enmarcado por su suelta cabellera leonada.

—¡No puedes obrar así! —gritó—. ¿Qué te han hecho esas pobres criaturas? ¡Déjalas marchar ya de una vez!

—¡Suelta al león!

—¡Loco, loco perdido! —exclamó Susannah.

El lacio rostro de Henry se contrajo de furor. Levantando su pistola, preguntó con voz estridente:

—¿Cómo te atreves a hablar así a tu emperador? ¡Mujerzuela infiel…, vas a morir!

Su dedo apretaba el gatillo. Era decisivo. Si el bruto sediento de sangre mataba a Susannah, nada le impediría lanzarse sobre la asustada masa de muchachas acurrucadas en el fondo de la hoya. Me deslicé por la ladera dando una vuelta para situarme a espaldas de Henry, con la esperanza de arrebatarle el arma y disparar contra el león. Estaba a mitad de camino, cuando oí de nuevo su voz, que repetía por segunda vez:

—¡Suelta al león!

La respuesta de Susannah fué una orden dirigida a la enorme fiera sentada a su lado, señalándole a Henry. «Charlie» lanzó un terrible rugido, abrió sus enormes fauces, y saltó hacia el maníaco. Éste dio un chillido y disparó el arma contra la figura ondulante de la fiera. El león pareció perder impulso en cuanto la bala le hubo penetrado en el pecho. Su rugido fué ahogándose, hasta convertirse en un alarido casi humano. Cayó antes de llegar a Henry, extendiendo hacia él sus voluminosas patas con las garras desnudas

como dagas. Henry disparó otra vez, y «Charlie» se desplomó no sin antes alcanzarle, rasgándole la ropa y la carne de un costado de la cara y del cuerpo, desde la corona de laurel a las relucientes botas negras.

«Charlie» quedó luego debatiéndose en el suelo. Debajo de una garra tenía el revólver de Henry. Tras unos breves estertores, quedó totalmente inmóvil.

Henry gemía suavemente, moviendo los labios humedecidos y trémulos. Luego se volvió y echó a correr, tropezando con su túnica, y con la corona ladeada en la cabeza. Yo me levanté y corrí detrás de él, mientras resonaba en mis oídos la ola de gritos histéricos se había levantado entre la chicas de la
Y. W. P. G.

Por primera vez vi el autocar aparcado en el otro extremo de la hondonada. Bastable subió a él de un salto arrastrando su túnica tras de sí. Yo estaba todavía a cierta distancia, cuando oí arrancar el motor y vi cómo el vehículo empezaba a moverse a sacudidas sobre el terreno desigual. Imprimí más velocidad a mis piernas y llegué a tiempo para agarrarme al tirador de la puerta trasera, en el mismo instante en que el autocar emprendía realmente la marcha. Abrí la portezuela, y me agaché en el pasillo entre los dos asientos últimos.

Bastable no sabía que llevaba un pasajero; estaba agachado encima del volante, y conducía como loco, describiendo un ancho círculo en el trayecto de regreso a la carretera del borde del lago. El autocar corría encabriado, saltando baches y rocas, y chirriando en cada una de sus junturas. Agarrándome al respaldo de los asientos, fui avanzando lentamente por el pasillo. El asiento del chofer estaba en el mismo departamento de los pasajeros, esto es, no se encontraba encerrado en una cabina separada, como suele ocurrir en muchos de los vehículos de esa clase.

Una lluvia de paquetes de comida o restos de ella, y botellas vacías, me cayó encima de la cabeza en uno de los movimientos que alternativamente volcaban casi el rastrillo del equipaje de cada lado, Henry había dado con la carretera otra vez, y ahora el autocar corría a mayor velocidad y con menos traqueteo. Llegué agachado cerca del loco, dispuesto a lanzarme sobre él y arrancarle del volante el tiempo suficiente para poder parar el vehículo, cuando por instinto debió de darse cuenta de que tenía compañía.

Vislumbré su pálido y fláccido rostro, cuyas mandíbulas hacía vibrar la trepidación del motor. Por el espejo de encima del parabrisas se encontraron nuestros ojos. Su alarido dominó todo el ruido de la máquina:

—¡Aparta las manos de mí, Drayton… o nos estrellamos los dos!

No dudé de que lo habría hecho. Como para subrayar su amenaza. Henry aceleró más el potente motor que arrastraba el coche a una velocidad de vértigo, ciñéndose a duras penas a la zigzagueante carretera que seguía el borde de las negras y rumorosas aguas del lago. Luego empezó a reír y a hacer locuras con el volante. En una de las curvas más cerradas, el vehículo viró en un ángulo de 45 grados. La rueda delantera de la parte exterior se levantó en el espacio, y la voluminosa masa del vehículo osciló unos instantes encima del agua. Henry giró el volante en el instante preciso, y las ruedas cayeron de nuevo sobre el asfalto, recobrando milagrosamente el equilibrio.

No me hice la ilusión de que aquello durase mucho. El chofer maniático lograría volcar o aplastarnos contra un árbol, sin duda alguna. Salté al fin sobre él, y le rodeé el cuello con un brazo mientras con la otra mano trataba de arrancar las suyas del volante. Él se resistió terriblemente, pero lo soltó por fin y se agarró con ambas manos a mi brazo. El volante, libre, rodó locamente. Entretanto, Henry continuaba apretando con furor el acelerador.

Di un supremo tirón y logré levantarle entre mis brazos, sin que cesara de retorcerse y patalear. En aquel momento pareció surgir el tronco de un árbol gigante en el mismo centro del parabrisas. El autocar dió contra él un poco de lado, y la cola del vehículo se vino hacia nosotros con un movimiento de acordeón. Al mismo tiempo el coche levantó su hocico sobre la superficie del tronco, como encabritándose, y así quedó por unos largos instantes como un acróbata, mientras Bastable y yo estábamos agarrados uno a otro en el ángulo del piso, tras el respaldo del asiento del chofer. Luego, el vehículo volcóse lentamente hacia un lado. El techo vino hacia mí como una exhalación. Acto seguido, se oyó un formidable chapaleo, y yo noté como si me penetrara algo en la parte de atrás de la cabeza. Lo último que vi fué el rostro de Henry, pálido y loco de terror, temblando y contrayéndose en silencio pegado al mío.

* * *

El choque con el agua fría me hizo recobrar los sentidos al cabo de unos segundos. Tal vez sentía dolor de cabeza, pero no tuve tiempo para preocuparme de él, puesto que el autocar estaba casi hundido hasta la mitad en el agua, que se introducía por un par de ventanillas con el cristal roto, además del chorro que entraba como una tromba por la puerta trasera. Estaba muy obscuro, pero el chorro del agua parecía acompañado de una luminosidad propia.

La cara de Henry Bastable flotaba al lado de la mía. Le cogí por las solapas y le levanté. El agua nos llegaba a los sobacos. Le di una bofetada, pero vi que su cabeza se movía encima de un cuello torcido, sin rigidez ya. Le rodeé el cuerpo por un brazo, y traté de avanzar, contra el impulso furioso del agua, hacia la puerta de salida.

Al cabo de unos pasos, el agua me llegaba a la barbilla. Un par de pasos más, y ya no respiraba sino por la nariz. Di otro paso, y me fué imposible la respiración. La cabeza me tocaba al piso del autocar, que ahora servía de techo y que chorreaba también por todas partes. Remolcando a Bastable con una mano, me debatí en dirección a la puerta con redoblado esfuerzo.

Lo que mejor recuerdo de aquellos momentos, era que me decía a mí mismo continuamente que debía conservar la serenidad. Ya la puerta estaba a pocas brazadas de mí, y no había motivo alguno para desconfiar de que pudiésemos llegar a ella los dos, si yo no perdía la cabeza y una cantidad preciosa de energía debatiéndome en la duda.

Muchas veces me he preguntado desde entonces por qué me preocupé de salvar a Henry. Se trataba de un maníaco homicida. Había matado a un hombre inocente y, de no habérselo impedido en el último instante, habría efectuado una *massacre* de jóvenes. De todos modos, abandonar a alguien a sangre fría, aunque fuese un tipo despreciable, para que se ahogase, es una de aquellas cosas que se dicen fácilmente pero que resultan difíciles de realizar.

Mis pulmones empezaban a sentir los efectos de la tensión crítica, cuando la puerta se dibujó difusamente ante mis ojos. Un minuto más, me decía a mí mismo, y me vería flotando en la superficie del lago cual un pequeño y feliz tapón, respirando a

grandes bocanadas el aire puro y fresco de la noche.

En aquel instante, el autocar hundióse definitivamente hacia el lodo del fondo, al tiempo que la puerta se cerraba tras una sacudida. «Calma, calma», me dije, y cogí el tirador. Darle la vuelta al tirador y abrir la puerta, era como hacer algo en una pesadilla; la clase de pesadilla en que uno se siente con las piernas atadas por unas cuerdas invisibles, ante un peligro horrible. El momento parecía iba a eternizarse en mi impotencia, y la sangre repercutía en mis oídos, mientras notaba que mi pecho se hinchaba como un balón. Llegué a pensar lo fácil que habría sido acabar con el dolor que sentía en el pecho: solamente con abrir la boca y tragar una bocanada de agua, todo dolor y todo esfuerzo habrían terminado para mí. Muriendo ahogado no se sufre, según dicen, aunque me pregunto quién habrá podido hacer la experiencia y cómo. Luego, poco a poco, y todavía como si se tratase de un sueño, la puerta cedió y se abrió otra vez. Busqué a Bastable a tientas, di con su cabeza, le agarré por el cabello y volví a nadar con una mano, atravesando la puerta con tal remolque.

Intenté ser prudente y dejarme flotar en el agua confiando en que la presión me llevaría por sí sola a la superficie, pero aquello me parecía terriblemente lento. Sin embargo, había perdido todo sentido de orientación, y no me atrevía a mover piernas o brazos por temor a marchar, horizontalmente o hacia abajo en lugar de hacia arriba. Ahora sé bien que un segundo más o menos pasado en la profundidad del agua, puede ser el segundo decisivo para la vida del náufrago.

Precisamente cuando estaba pensando que no podría seguir resistiendo un instante más, observé que mi cabeza horadaba la superficie. El aire viciado que llenaba mis pulmones salió en una espiración lenta y prolongada, infinitamente agradecida. Pero mi tragedia no parecía terminada aún. Abrí la boca demasiado pronto, puesto que en el mismo instante una ola me daba en la cara y chocaba contra mi paladar. Me atraganté y escupí furiosamente, al tiempo que me sumergía de nuevo. Cuando subí a flote por segunda vez, me encontré con que no poseía lo que debe de ser necesario para permanecer allí abajo. Parecía que me había vuelto demasiado pesado en cierto modo. Demasiado repleto de agua. Ésta subía de nuevo hasta mis ojos, cuando algo brilló, en la orilla cercana y se

lanzó contra el agua.

Me imaginé que estaba delirando: la figura que se había lanzado al agua parecía una dama vestida con el traje malla de cequín. Pero no me preocupé ya más de ello. El agua me parecía caliente, no sé debido a qué causa, y noté que respiraba en ella muy bien. Tienen razón aquellos tíos que dicen que el ahogarse no causa dolor. No sentía ninguno. Ni el más pequeño dolor.

CAPÍTULO X

Lo primero que vi más tarde, fué que estaba boca abajo sobre la orilla, escupiendo agua del lago. En torno a mí había unas simpáticas espectadoras —las muchachas de la

Y. W. P.

G—. que habían recobrado su serenidad y ofrecían atinadas sugerencias tales como la necesidad de cataplasmas de mostaza y un trago de ron caliente… No obstante, el que estaba practicándome la respiración artificial realizaba una buena labor.

Levanté débilmente una mano para indicar que estaba de regreso en el mundo de los vivos, y para rogar que hiciesen el favor de parar la bomba. Noté que me había librado de un peso en la parte baja de la espalda, y ante mis ojos se perfilaron un par de esbeltas pantorrillas. Miré hacia arriba. A unos cinco pies cuatro pulgadas encima de las piernas estaba la cara sonriente le Susannah Tyrone. El conjunto del cuerpo era, desde luego, agradable a la vista.

La dama estaba chorreando agua. Su ropa de cequín estaba empapada, si es que el cequín puede empaparse. Me senté en el suelo.

—¿Y has podido sacarme tú sola del agua? —le pregunté.

Ella inclinó levemente la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Gracias —murmuré. Y luego añadí—: ¿Qué ha sido de Henry?

Susannah encogió los hombros.

—No me he preocupado de buscarle —repuso—. Nunca me ha hecho gracia el tipo ése.

Dirigía la mirada sobre el lago. La noche estaba negra como boca de lobo. Aunque Henry hubiese flotado en la superficie, no habría sido posible divisarle desde la orilla. Susannah estaba

temblando. Una de las muchachas vino con un abrigo, y se lo echó a los hombros. Susannah lo aceptó, agradecida.

—Te llevaré con mi coche a la ciudad, querida mía —le dije—. Siento que esas jóvenes tengan que andar. Su autocar está jugando a los submarinos.

—Oye: ¿ese ruido, no parece el de tu descapotable? —preguntó de pronto Susannah, volviendo la cabeza a un lado.

Yo me levanté de un brinco.

—¡Claro que sí! —exclamé.

Distinguí perfectamente el ruido familiar de mi coche al ponerse en marcha. El ruido aumentó con la aceleración del arranque y a continuación, fué disminuyendo rápidamente en la distancia.

Me eché a correr hacia la meseta, hasta que pronto me di cuenta de que era totalmente inútil. El rostro de Susannah exhibía una sonrisa seca y torcida.

—Me parece que nuestro chapuzón no habrá servido para nada —dijo—. *Mr*. Bastadle debe de ser mejor nadador de lo que parecía. No me extrañaría que antes de llegar al fondo del lago, volviera en sí y saliera derechamente hacia tu automóvil.

—Es posible —asentí yo—. Desde luego, esta noche no parece ser muy afortunada para mí.

Las muchachas de la
Y. W. P. G.
se estaban alineando en la carretera, de dos en dos, las más altas delante. Una de ellas, corpulenta y de cabello negro, abrió la boca y pronunció una nota. El resto del grupo rompió a cantar, avanzando a paso ligero y al compás de la marcha militar de la asociación. Susannah y yo cerramos la comitiva. Un minuto más tarde, uníamos nuestra voz a la de ellas. Cantando se sentía menos frío.



Con el revólver en la mano me metió en su automóvil.

Al llegar a la carretera principal, me despedí de las muchachas que subieron a un autobús de la línea de Lamouret Park. Una o dos de las chicas se acercaron y besaron a Susannah en las mejillas. Mientras el autobús se alejaba, le dije a mi compañera y salvadora:

—Esas chicas tienen motivo para estarte agradecidas. Ha sido un gesto muy bravo el tuyo al azuzar a «Charlie» contra el chiflado de Henry. Te exponías a que disparase contra ti.

—¡Bah, no tiene importancia! —replicó ella, encogiéndose debajo de su abrigo.

—Explícame ahora qué ocurrió —le pedí.

—Cuando regresé a mi carromato después de ejecutar mi número en la función —empezó diciéndome—. Bastadle me estaba aguardando… con un revólver en la mano. Me empujó, me metió en su automóvil y me llevó a Nueva Orleans. Primero me transportó a un rancio apartamento de una sola habitación, en el barrio del Este, y me tuvo allí bastante tiempo. Fué entonces cuando me di cuenta de que estaba completamente loco. Se cubrió con aquella sábana y se puso a tocar el violín ante mí… pero siempre con el revólver a su alcance, para el caso de que yo hiciese un gesto sospechoso. Me dijo algo referente a que sentía no disponer de leche de burra, pero yo no comprendí de que estaba hablando. Continuó llamándome por aquel nombre que le tiene chiflado… Popy, o algo así. Luego me metió otra vez en el automóvil y regresamos al circo. Después que hubo roto el candado de la jaula de «Charlie», me obligó a conducir al animal hacia el auto. Yo tenía que obedecerle, puesto que no dejaba de apuntarme el arma ni un momento, y yo sabía, bien que el tío bruto estaba loco de sobras para apretar el gatillo. Me senté en el asiento de atrás con «Charlie», mientras él conducía el coche en dirección a la carretera del lago. Durante todo el camino, Henry no cesó de reír locamente, y aludió una vez a lo furiosa que se pondría su mujer si supiese que por ella misma se había enterado del lugar donde podría recoger a sus vírgenes cristianas. Un rato más tarde, paró el coche de través en medio de la carretera, de modo que cuando el autocar llegó, no pudo pasar. Me obligó a apearme con él y subir al autocar de las excursionistas. Tenías que haber oído los alaridos de las pobres criaturas, cuando me senté en el coche junto con «Charlie». Había transcurrido ya la hora en que «Charlie» solía comer, de manera que el animal se iba poniendo furioso. Lo único que podía hacer yo era calmarle, a pesar de que el león estaba acostumbrado a comer siempre de mis manos. Bastable obligó al chofer a dirigirse hacia la explanada, y allí nos ordenó bajar a todos. Al chofer le mató fríamente de un tiro. El resto ya lo conoces…

Íbamos andando en dirección a la ciudad. A mí me castañeteaban los dientes. Estaba helado dentro de mi ropa mojada,

y me suponía que Susannah no debía de sentirse muy a gusto tampoco en la suya.

—Sí —le dije—. El resto del programa lo he visto ya. Has actuado maravillosamente, Josie.

Ella volvióse hacia mí, como si le hubiesen pinchado.

—¿Qué quiere decir… Josie? —preguntó vivamente.

—Nada. He visto tu retrato —contesté—. Ed Slincy está en Nueva Orleans. Josie. Hoy ha degollado a Joey con un cuchillo. De momento creí que habías sido tú, pero Bastable te ha proporcionado la coartada, si otra cosa no.

La mujer palideció.

—¿Ha muerto Joey? —preguntó, con voz entrecortada.

—Sí —contesté—. Y la «poli» ha encontrado el «paquete» de Glassman cosido en su colchón. ¿Sabes algo de eso?

—¿Cómo he de saberlo? —preguntó ella, retadoramente.

—No sé —repuse—, pero quedarías en una situación delicada si te identificaran como la dama que hizo el papel de esposa del cónsul, en la fiesta del palacio de Glassman, la noche en que fueron robadas las joyas. Creí que te gustaría saberlo…

Susannah me miró de un modo penetrante.

—¿Qué te propones con todo eso? —preguntó—. Tú eres un periodista reportero de crímenes, ¿no es así? ¿O eres tal vez una especie de Klu-klux-klan independiente?

—En primer lugar, te diré que soy un ser humano —repliqué— y te estoy agradecido por haberme ahorrado el trago nauseabundo que me esperaba cerca del fondo enlodado del lago. Te propongo que te largues cuanto antes de la ciudad, y te olvides de haber conocido nunca a Joey Fricker y a Ed Slincy.

—¿Así? —preguntó Susannah, abriendo su abrigo prestado, y dejando ver su ajustado vestido de trabajo con su breve corpiño todavía humedecido.

Comprendí entonces qué quería decir, y contesté:

—Muy bien. Vente a mi piso. Ahora no puedes volver al circo, porque está repleto de policías. Por la mañana saldré a comprarte ropa y algún tinte para el cabello, para que puedas darte a la fuga.

Ella me estrechó la mano.

—¡No permitas que nadie diga que no eres dulce! —exclamó—. Porque lo eres, aunque en cierto modo diría agridulce.

Llegó otro autobús, subimos a él y procurando pasar inadvertidos, nos deslizamos hacia los asientos de atrás. Yo intentaba ahuyentar el frío pensando que la botella de *whisky* qué necesitaba, me aguardaba en casa.

Cuando Susannah y yo nos apeamos del vehículo, y nos pusimos en marcha hacia mi domicilio, vi un par de coches de la patrulla, parados cerca del bordillo de mi acera. Me refugié en el primer lugar sombreado arrastrando a Susannah conmigo, y los dos desandamos el trecho a toda prisa hasta la esquina próxima. Al otro lado había un bar de un amigo, donde pudimos tomar sendos vasos del vivificante licor. A continuación me dirigí a la cabina telefónica y llamé a Sam, el conserje de la casa donde yo vivo. Mi ropa despedía un vaporcillo, lo cual indicaba que me sentía caliente, aunque no estaba seco. Sam se puso al aparato.

—Oye, Sammy —le dije—. ¿Tengo alguna visita por ahí?

—¡Ya lo creo que sí! —contestó el hombre, apresuradamente—. El capitán O'Rourke está aquí en la casa, preguntando por usted y por una dama.

—¿Qué clase de dama? —inquirí, a pesar de que sabía de antemano cuál sería la respuesta.

—Una rubia del circo —repuso Sam—. El capitán dice que va a dejar a un policía aquí, hasta que asome usted.

—Pues me parece que el pobre tendrá que esperar largo rato —ironicé—. Sube a mi piso y asegúrate de que tengo bien guardado el licor, Sammy. Tardaré unos días en regresar.

—¡Que tenga suerte, patrón! —contestó Sam.

Pude oír su risita sardónica. Sam es un hombre en el que se puede confiar. Colgué el auricular y regresó al lado de Susannah.

—Van detrás de ti, querida —le advertí—. No podemos ir a mi piso. O'Rourke ha instalado en él un comité de recepción. Supongo se habrá figurado que te encontraría a ti donde estuviese yo. Sabe bien que mi flaco son las rubias.

—¿Y a dónde iremos ahora? —preguntó con expresión de súplica y cara de chiquilla perdida en el bosque.

—Necesitamos un lugar donde no hagan preguntas —le dije,

tomándola del brazo y llevándomela fuera del bar—. Sé de un hotelito situado en la vieja zona francesa de la ciudad. Con sorprendente originalidad se llama «Old French Hotel»[6]. Es precisamente lo que nos hace falta.

Susannah me dedicó una mirada como las que solía recibir yo de las chicas de mi ciudad, cuando me ofrecía para llevarles los libros después de la clase de doctrina del domingo por la mañana.

—¿Estás seguro de que podremos ocultarnos allí? —inquirió, llena de sospecha.

—No lo dudes, vida mía —respondí—. Yo sé siempre salir con bien de los momentos apurados. La regente del hotel me conoce y entenderá lo que quiero sólo con verme.

Llamé un «taxi» y partimos.

El decorado del vestíbulo del «Old French» consiste en unos fondos gris obscuro, cuadros extravagantes y espejos gastados, con caduco marco dorado. La luz era escasa, lo cual resultaba una ventaja, puesto que, a la luz del día, la cara de la dama encargada de la recepción era de las que hacen palidecer a los hombres fuertes y matan de un susto a las criaturas sensitivas.

Hice la inscripción en el libro de registro a nombre de *Mr*. y *Mrs*. Tom Brown, a pesar de las protestas que Susannah me hacía en voz baja, y la llevé hacia la escalera para subir al primer piso, donde nos tenían asignada la habitación.

—Como esperaba, la regente se limitó a mirarme con fijeza —comenté. Cuando Susannah hubo abierto la puerta, le anuncié—: Tú ocuparás la cama. Yo me acomodaré sobre un par de sillones.

Uno a cada lado de una mampara, nos despojamos de nuestra empapada ropa, y luego, envueltos en sendas sábanas, nos agachamos frente a una estufa eléctrica. El agua del lago no había penetrado hasta el interior de mi frasco de bolsillo, de modo que pudimos pronunciar algunos brindis alternándolos con tragos de *whisky* fuerte. Cuando me sentí bastante humano otra vez, me acerqué al teléfono y llamé a la redacción. Llegué con el tiempo justo de alcanzar la última edición sobre el caso Bastadle. Me puse en contacto directo con los taquígrafos, y les transmití el material. Cuando hube terminado, extrayendo hasta la última onza dramática de la historia de un maestro de escuela chiflado y su parodia de orgía de la antigua Roma, me pusieron en comunicación con el jefe

de la sección.

Reagan empezó poniéndome de vuelta y media por no haber establecido contacto con él más pronto, pero fué frenado a mitad de la diatriba, cuando la copia de mi reportaje llegó a su mesa.

—Aguarda hasta que haya leído este despropósito —refunfuñó. Hubo una pausa. Luego, su voz se dejó oír de nuevo, con renuente admiración—: Si hay una palabra de verdad en todo esto…. ¡Bueno, es algo colosal!

—¿Si es verdad, dices? —exclamé yo—. ¿Es que te he soltado alguna vez algo que no lo fuese?

—Hombre, no, que se te haya podido descubrir…

—Bien, pues, adelanté y a las máquinas. Además, necesito unos titulares especiales en la cabecera. Al menos de 20 puntos. Y mi retrato. El que tienes en el archivo y en el que estoy con la cara de perfil. Resulto más favorecido de perfil.

—Más favorecido resultas de espaldas a la máquina —me espetó —. Y no creas que porque hayas pescado un buen asunto, quedes libre de trabajo por hoy —añadió, con cierto retintín.

—¿Qué dices ahora? —gemí yo—. Creo que ya es hora de que me acueste.

—Nadie que trabaje a mis órdenes tiene derecho alguno a acostarse —replicó Reagan, tajante—. Tal vez creas que la esclavitud ha sido abolida en el Sur, pero ¡oh, hermano!, en tal caso andas muy equivocado.

—¡Bien, hombre, bien! ¡Puedes blandir el látigo! —suspiré—. Me tienes resignado, como siempre, a recibir el castigo merecido.

—¿Sabes que el «paquete» de Glassman fué encontrado en el carromato de Joey Fricker, en el circo? —me preguntó.

—Algo he oído sobre eso —asentí—. ¿Y qué?

—Pues que el teniente Menotti dejó el tesoro bajo la vigilancia de un par de policías tontos, mientras él iba a llamar a Jefatura. Cuando regresó allí, encontró a uno de los policías muerto, y al otro malherido.

—¿Y el herido pudo declarar? —inquirí—. ¿No vio al ladrón?

—Está todavía sin sentidos y no se espera que los recobre —dijo Reagan—. Desde luego, las joyas han desaparecido.

—¿Se tiene idea del posible autor?

—No…, pero el caso es que tú no quedas libre de sospecha. Tú

fuiste la última persona que Menotti vió en el carro, junto a los policías.

Mastiqué una maldición. El atraco debía de haber ocurrido en el preciso instante en que yo bajé hasta la jaula vacía del león. Ya tenía mi coartada, pero quedaban los cabos sueltos.

—Mike Menotti no puede pensar siquiera en que lo haya podido hacer yo —protesté—. Me conoce bastante bien para que no le quepa duda alguna.

—Menotti no lo cree así —replicó Reagan—. Pero el fiscal está presionando para encontrar un culpable. No olvides que el mes próximo hay elecciones, y que no quiere presentarse ante los votantes, con una maraña de crímenes confusos en sus libros. He creído conveniente advertirte de qué parte sopla el viento.

—Muchas gracias, de todos modos —dije yo—, pero el fiscal no me va a colgar el sambenito, sólo porque no pueda encontrar a Ed Slincy. Ed está detrás de ese atraco, o yo soy un perfecto papanatas.

Colgué el aparato y me volví hacia Susannah.

—¿Qué es lo que pasa? —me preguntó.

En breves palabras le expliqué lo ocurrido.

—Los únicos que sabían dónde estaban las joyas —añadí— eran Menotti, Stella, tú y yo.

—Continúa —invitó Susannah, arqueando las cejas.

—Stella murió —continué—. Joey la asesinó porque sabía dónde estaba el escondrijo. No supongo que Menotti lo haya robado, y por mi parte sé que no lo he hecho. Así, pues, quedas tú sola.

—Yo estaba haciendo el papel de Popea ante el Nerón de Bastable en aquellas horas. ¿No lo recuerdas? —replicó Susannah—. Tendrás que pensar en alguien más, genio detectivesco.

—Estoy pensando ya en él —declaré—. Ed Slincy. Se me acaba de ocurrir que tú estabas enterada de que Ed se encontraba en el circo desde hacía tiempo, y que estabas planeando unirte a él cuando Henry Bastable te raptó. Eso explicaría por qué el primer lugar a donde fué Joey a buscarte cuando hubiste desaparecido, fué el escondrijo de Ed. Tal vez habías informado ya a Slincy de la situación de las joyas. Después de haber matado a Joey, el fulano estaba lo suficientemente desesperado como para hacer cualquier cosa. Fué Ed el que tumbó a los dos policías, y se apoderó de los diamantes de Glassman. De acuerdo contigo. Y en pago de una

información como ésa, tú querías, naturalmente, algo. Debes de haber fijado seguramente un lugar para encontrarte con él. Tú sabes dónde está. ¿Dónde está Ed Slincy?

—Aquí —dijo una voz, detrás de mí. Me volví rápidamente. Ed Slincy estaba de pie en el umbral, empuñando un revólver—. Gracias por habérmelo traído —concluyó—. Aquí es precisamente donde nos habíamos citado.

CAPÍTULO XI

Unos segundos de plomo derretido transcurrieron mientras miraba el extremo del cacharro de Ed Slincy. Era como si mirase a un pozo, al fondo del cual no veía ni un rayo de esperanza.

—¿Qué ocurre ahora? —me limité a preguntar.

—Vamos a salir de la ciudad a escape —replicó Ed—. Y tú te vienes con nosotros… durante un trecho del camino.

—Gracias —repuse—, pero aquí me encuentro estupendamente. Preferiría no moverme.

—Seguro —convino Ed, con sorna—. Quisieras quedarte bastante rato para decirles a los *cops*: «Se ha ido hacia allá». Nada de eso, compadre. Tú te vienes con nosotros.

—¿Crees que podrás llegar muy lejos? —objeté—. A estas horas, todas las carreteras que salen de la ciudad están vigiladas. Os esperan.

—No lo olvido —contesto Ed—. Tengo, escogido un camino para evitarlos.

Susannah le dirigió una sonrisa fugaz.

—¡Eres maravilloso, Ed! —exclamó—. ¿Has recuperado el paquete?

—Claro que sí. Está en mi cuarto.

—Entonces, más que estupendo. Eres terrorífico, querido —le dijo, melosa.

Yo tercié con una risita y en tono de sorna:

—¡Qué poco te cuesta el cambiar de opinión, hermana! Hace un par de días solamente, era Joey Fricker el hombre de tus ilusiones.

—¡Eso es mentira! ¡Embustero! —me espetó la dama. No obstante, vi que la energía que ponía en su negativa, iba dirigida más a Ed que a mí. A continuación, explicó—: Joey me era útil. Esto

es todo.

Los ojos de Ed brillaban con destellos siniestros.

—¿Estás segura de que esto es todo, nena? —le preguntó—. Si supiera que, mientras yo estaba en la sombra, tú me engañabas, te aseguro que…

—Te he sido fiel siempre, Ed. No deberías dudar de ello —protestó Susannah—. ¿No te dije, cuando Joey aun vivía, dónde estaban las joyas de Glassman? ¿No te demuestra esto que te quería más a ti que a él?

—Demuestra solamente que fué así mientras yo estuve cerca de ti —replicó Ed—. Pero no demuestra absolutamente nada en cuanto a la temporada que estuve en la sombra.

—Mi corazón estaba también cerca de ti entonces. —Se limitó a decir Susannah.

Ed se acercó a mí, y antes que yo pudiera adivinar su intención, echó el brazo atrás y me descargó un terrible puñetazo en la boca.

—¡Esto para que aprendas a decir cosas de Susannah, tipejo despreciable! —Me escupió.

Automáticamente me dispuse a responder al golpe El chasquido que produjo el cañón de su revólver en mi mandíbula me detuvo en seco, y dejé caer mi brazo al costado.

—Yo no puedo salir de la ciudad así, envuelta en una manta como una mujer india —dijo Susannah.

—Me ocuparé de ello, cariño —anunció Ed. Y dándole su revólver, añadió, señalándome a mí con un movimiento de cabeza —: Cubre a este piojoso. Veré de encontrarte alguna prenda. En una habitación de este mismo pasillo, duerme una dama que tiene tu estatura y tu tipo. Creo que te prestará algo que le sobre.

Ed salió, dejándonos a Susannah y a mí mirándonos fijamente, en silencio. Un par de minutos después, regresaba con algunas prendas en el brazo.

—Se ha mostrado encantada al hacerte este favor —dijo con una sonrisilla—. En realidad, ni siquiera se ha dado cuenta la buena señora. A ver cómo te sienta, querida.

Susannah desapareció tras la mampara, y volvió a salir, luego, vestida. A juzgar por la ropa, no era difícil adivinar a qué clase de dama había robado Ed. El vestido constaba de una falda estrecha, de brillante tela negra, con una larga abertura a un lado, y una

blusa escarlata también con una larga, brecha delante. Unos zapatos de piel de cocodrilo, hechos a medida, completaban el equipo. El aspecto que daba a Susannah aquél, atuendo, era de lo más ridículo. Parecía un verdadero espantapájaros.

—¿Y yo, qué? —pregunté—. ¿No debo preocuparme de mi ropa, si he de acompañaros en ese viaje extraordinario?

—La única ropa que te convendría para el viaje que vas a emprender —replicó Ed, con ironía— es un traje sumergible de amianto.

No me gustó un pelo la respuesta. Aquello se ponía feo de verdad. Ed se dirigió al teléfono sin dejar de apuntar hacia, mí con el cacharro que había vuelto a coger de Susannah. Llamó a la central, pidiendo comunicación con el servicio de ambulancias.

—¿Ambulancias? —dijo, cuando le hubieron dado la línea—. Vengan inmediatamente al «Old French Hotel». Un individuo ha caído escaleras abajo, y está con una fuerte conmoción. Está en la habitación número 15.

Ed colgó el auricular. Susannah le preguntó a continuación:

—¿A qué viene esto?

—Una ambulancia puede ir a muchos sitios, sin que le hagan demasiadas preguntas. Saldremos de la ciudad con ella, sin duda. Yo seré el conductor, nena, y tú la enfermera. Al chofer y a la enfermera les pondremos enfermos de verdad, de un porrazo, en cuanto lleguen.

—¿Y el papel de paciente, quién lo hará? —pregunté yo.

Por lo visto, la pregunta era de lo más bobo. Ed Slincy dió media vuelta y se me acercó por detrás.

—¡Caramba, pues quién va a ser! —exclamó, al tiempo que descargaba un golpe con la culata del revólver en mi cabeza.

Vi por unos instantes un cielo estrellado, y luego, la más negra obscuridad.

* * *

Lo primero que apareció ante mis ojos al despertarme, fué la boca del cañón de un revólver. Por lo visto, aquél era el único paisaje que me acompañaría por todas partes a partir de entonces. Tras el revólver estaba la deliciosa figura de Susannah, con su

desgarbado vestido apenas cubierto ahora por la blanca bata de una enfermera, y con el gorro correspondiente que aparecía ladeado sobre sus leonados bucles. El piso se balanceaba de un modo más que regular. Me di cuenta luego de que estábamos en el interior de una ambulancia, que corría a gran velocidad.

Susannah sonrió dulcemente.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó.

—Sí —contesté, tratando de incorporarme. Luego me estuve quieto. No llevaba encima otra ropa que una manta.

—Estamos fuera de la ciudad —manifestó Susannah—, aunque nos pueden parar los policías a caballo. En tal caso, te advierto que debes tenderte y cerrar los ojos. Si no lo haces así, te despellejaré.

Esto me lo dijo tan suavemente, que casi le di, las gracias, no obstante, había algo en su forma de empuñar la herramienta y, en la firmeza de su mirada, que me decía que no estaba bromeando. En aquel momento, la ambulancia disminuía la marcha, Susannah se acercó y, apoyándose sobre el borde de mi litera, deslizó el revolver por debajo de la manta, hasta que el cañón me apretó las costillas y añadió:

—Como, te decía, representa bien la comedia o yo haré de manera que tu papel se convierta en realidad eterna.

Volví a apoyar la cabeza en la almohada y cerré los ojos aunque no del todo. A través de la finísima rendija de los párpados, pude observar lo que ocurría mientras la ambulancia estuvo parada. Las puertas traseras se abrieron y vi un sombrero *Stetson* sobre la cabeza de un soldado de caballería. Susannah, mirándole, cruzó un dedo sobre los labios.

—Es bastante tarde para alejarse tanto de la ciudad, me parece —dijo el caballista, en voz baja.

—Está agonizando —declaró Susannah, señalándome a mí. Esto era alentador—. Los médicos no han podido hacer más. Lo devolvemos a su casa paterna, qué está cerca de Bâton Rouge. Es su última voluntad.

—Ya veo —repuso el policía, con un susurro solemne—. Les deseo que lleguen a tiempo.

—Es cuestión de segundos, teniendo en cuenta su estado —apremió Susannah—. Le agradeceré no nos entretengan más.

—Sigan adelante —autorizó el de caballería—. Ya le he dicho a

su chofer que esté ojo avizor. Esta noche andan sueltos por ahí un par de sujetos peligrosos. Un fugado de presidio y un loco homicida. Si ven ustedes un descapotable rojo, matrícula
46 732,
llamen al cuartel general. El coche ha sido robado por el presidiario.

—Descuide —contestó Susannah.

El frío aro del cañón de su revólver me dejaba el pecho dolorido. Cerré los ojos por completo. Oí cómo se cerraba la puerta y cómo el caballista le gritaba a Ed:

—¡Adelante, amigo! ¡Que tengan mucha suerte!

La ambulancia reanudó la marcha y yo abrí los ojos.

—¿No podríamos fumar un cigarrillo? —pregunté.

Susannah sacó un paquete, me puso un cigarrillo en la boca y lo encendió.

—Le has explicado un cuento de hadas muy convincente al de caballería —comenté.

—No tiene nada de extraño —respondióme—. En parte, es verdad.

—¿Eh?

—Claro… Tú vas a morir. En cuanto hayamos enterrado este vehículo, te enterraremos a ti también.

Yo lancé unos anillos de humo al aire.

—Gracias —dije—. Será, algo espléndido. Pero, dime una cosa.

—Lo que quieras, si es razonable.

—Esta noche, a primeras horas, me sacaste del lago, salvándome la vida —le recordé—. Ahora te propones mandarme al otro barrio, sin que parezca importarle un comino.

—Te saqué del agua porque me pareció que era una lástima que muriese un chico tan delicioso como tú. Pero si ahora Ed dice que tienes que morir, morirás, sin duda alguna.

—¿Crees que la cosa es así de sencilla? —objeté.

—Claro que sí. Lo que Ed dice, se hace.

Al mirarla, creí lo que afirmaba. Si Ed le hubiese dicho que se cortase el cuello, supongo que lo habría hecho sin darle mucha importancia. Algunas damas son así de raras, con respecto a ciertos tipos. En aquellos momentos, deseaba que aquello me hubiese ocurrido con mayor frecuencia.

Después de echar una larga chupada a mi cigarrillo lo sostuve entre el dedo mayor y el pulgar. De pronto, lo arroje con gesto rápido contra sus ojos.

Ella los cerro y se echó bruscamente hacia atrás, con un movimiento involuntario. En el mismo instante salté de la camilla, y le arrojé la manta encima de la cabeza. Sonó un disparo. La bala pasó rozándome la cabeza y produjo dentro de ella un tintineo de campanas. Cogí a Susannah por la muñeca y se la retorcí hasta que sus dedos se abrieron y el arma rodó por el piso oscilante de la ambulancia.

Susannah estaba todavía debatiéndose entre los pliegues de la manta. Recogí el revólver y con la otra mano le sujeté los brazos a sus costados, mientras la ambulancia frenaba y se abría la ventanilla de comunicación con la cabina del chofer. Ed Slincy se asomó. Esta vez fué él quien se encaró con el extremo peligroso de un cañón de arma de fuego. Yo me di perfecta cuenta de que iba totalmente desnudo, pero Susannah estaba todavía con la cabeza debajo de la manta para ahorrarme el sonrojo.

—Vira aquí mismo, y regresa a la ciudad sin correr mucho. Si haces el menor movimiento raro, os despacho a la dama y a ti… por este orden.

—¡Ésta no te saldrá bien, Drayton! —rugió Slincy enseñando los dientes.

—¿No? —repuse yo—. Ahora mismo te podría tumbar sin temor alguno a la justicia. Eres un asesino reclamado por la ley, pero prefiero entregarte a la *poli* en una sola pieza. Ahora haz dar la vuelta a la ambulancia.

Ed puso el motor en marcha, de nuevo, y la ambulancia avanzó lentamente. Paróse y luego empezó a retroceder. Susannah redobló sus esfuerzos para librarse del obstáculo de la manta.

—Siento tener que obrar de este modo con una dama —le advertí—, pero si no quieres estarte quieta, te obligaré a que lo estés para siempre.

A pesar de todo, ella no cesó en su forcejeo, ante lo cual descargué un culatazo sobre el bulto de la manta que correspondía a su cabeza. La manta y el gorro de enfermera debían de haberlo amortiguado, pero de todos modos, noté cómo se doblaba bajo mi brazo. La dejé caer al suelo de nuevo.

Miré afuera por la ventanilla de comunicación, por encima del hombro de Ed, para ver cómo efectuaba la vuelta. No se veía la carretera. Los focos del coche hendían la obscuridad. Luego vi que la carretera terminaba justamente delante de las ruedas delanteras de la ambulancia y vi abrirse un gran vacío al cual caía el coche.

—¡Para! —le grité a Ed.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¡Si sólo me esperan para asarme!

No tuvimos tiempo para decir nada más. El morro de la ambulancia se hundió en el abismo y hacia él nos precipitamos. Dimos un par de vueltas completas hasta que llegó el choque contra el fondo, con una conmoción tan formidable que casi me desvanecí.

Hubo un largo silencio, en el cual parecía que hasta el tiempo se había detenido. Luego abrí los ojos y miré a mi alrededor. La ambulancia yacía de lado. Yo estaba doblado en un ángulo del techo y a un lado del vehículo, junto a Susannah. Ella estaba todavía enredada en la manta, pero se movía y chillaba debajo de ella. Poco después, pude oír claramente un ruido seco, algo así como el que se produce el aplastar cajas de cerillas entre los puños. Sin embargo, no era nada de esto: era fuego.

Es curioso el hecho de que en un momento de tensión uno piensa en las cosas de poca importancia. El primer movimiento que hice fué coger una bata de sanitario que colgaba de un gancho y me cubrí el cuerpo desnudo. Me parecía que en una sola noche me había enfrentado ya con bastantes apuros desnudo como cuando vine al mundo. A continuación, lancé todo mi peso contra la puerta alabeada de la parte trasera de la ambulancia. Inútilmente. El interior del vehículo iba llenándose rápidamente de calor. Cogí el extintor, y lo utilicé como martillo para abrir la ventana de encima de mi cabeza. Luego dirigí el chorro del líquido hacia la abertura de comunicación con la cabina del conductor, pero esto fué también inútil. La cabina estaba convertida en una hoguera. Ed Slincy había dicho que lo asarían.

Quité la manta a Susannah de un tirón. Ella apareció con la cabellera desgreñada, y parpadeó al mirar a su alrededor. La cogí entonces por debajo de los brazos y la levanté en vilo.

—¡Vamos! —apremié—. Sal de aquí o vas a resultar frita en un santiamén.

Deslumbrada y con los miembros entumecidos, permitió que la

levantase, sacándole la mitad superior del cuerpo a través de la ventana rota.

—¡Deslízate! —grité.

Susannah dió un par de tirones, y sus piernas desaparecieron a mi vista. Yo me puse de pie sobre la barra de la camilla ladeada, y logré pasar los brazos por la abertura hasta salir al exterior. Luego rodé hacia el suelo. Cerca del vehículo en llamas hacía un calor horrible, por lo que me alejé de él a toda prisa.

Llegué al lado de Susannah en el instante en que se volvía para mirar. Parecía que recobraba los sentidos por primera vez desde que le había dado el golpe en el cráneo.

—¡Ed está allí! —gritó súbitamente, muy abiertos los ojos en su rostro pálido y tiznado.

Moví la cabeza, asintiendo. Ella se puso en pie de un salto y corrió hacia el frente de la ambulancia, que se había convertido ya en una viva antorcha de metal retorcido y pintura combustible. Con las manos desnudas se puso a tirar de lo que había sido la portezuela. Corrí hacia ella y la cogí por los hombros apartándola de allí. No era tarea fácil. Susannah se retorcía, pugnaba por soltarse para volver hacia las llamas, sin dejar de gritar el nombre de Ed en tonos patéticos. Al fin le rodeé la cintura con un brazo y la levanté en vilo, llevándomela más lejos. Ella no cesó un instante de lanzar alaridos.

—Es inútil —le dije, tumbándola al suelo y sujetándole los brazos—. Es demasiado tarde. Ed ha terminado para siempre. Él lo quiso de este modo.

A medida que el significado de mis palabras penetraba en su mente, Susannah fué cediendo en su actitud. Se echó entonces a mis brazos y rompió a llorar mientras yo le pasaba la mano suavemente por los hombros, y acariciaba sus leonados cabellos tratando de decirle algo para consolarla.

Al fin se apartó bruscamente de mí, y con un movimiento enérgico de cabeza, echó hacia atrás la cabellera que le cubría la frente.

—Siento haber obrado así —dijo con voz crespa y dura, seca como sus ojos.

La ambulancia, o mejor dicho, lo que de ella quedaba, se había convertido, en un montón de llamas del que sobresalía una

armadura de metal al rojo vivo, que parecía el esqueleto de un monstruo prehistórico. A su resplandor, pudimos mirar en derredor para ver dónde estábamos.

Encima de nosotros y a nuestra derecha, se levantaba un escarpado risco de rojiza piedra salobre, con un saliente en lo alto. Por allí habíamos dado el salto. Por el otro lado teníamos un abismo de unos 300 pies, al fondo del cual se divisaban las orillas pobladas de árboles de un arroyo. Nos encontrábamos, pues, en una especie de anaquel o rellano del risco, que tenía una anchura dos veces mayor, que la de la ambulancia.

—Hemos tenido suerte al pararnos a mitad del camino —comenté—. Si no topamos con este saliente, habríamos quedado hechos papilla en el fondo.

—Yo no puedo trepar por ahí —dijo, convencida.

Seguí la dirección de su mirada, y no me sorprendió lo que decía. La escarpadura habría exigido la pericia de un hábil escalador. Ni Susannah ni yo teníamos probabilidad alguna de éxito.

—Lo único que podemos hacer es llegar hasta el extremo de esta cornisa —opiné—. Quizá nos acompañe también la suerte y podamos llegar a algún sitio.

Susannah asintió con un movimiento de cabeza. Volvió la espalda a la ambulancia, y sin mirar una sola vez hacia atrás, se puso a andar a mi lado. Más adelante, el saliente fué estrechándose de tal modo, que tuvimos que avanzar uno detrás del otro. Yo me puse delante. Lejos del fuego reinaba la obscuridad, lo cual me obligaba a andar con mucha cautela, poniendo primero el pie antes de apoyar en él el peso del cuerpo. En cualquier momento, podíamos encontrarnos otra vez frente al vacío.

Fué aquél un viaje de pesadilla que parecía durar eternamente. Ni Susannah ni yo hablábamos. De vez en cuando, oía cómo tropezaba y me volvía hacia ella; pero ella se mantenía firme y seguía avanzando. Un rato después, me di cuenta de que se había descalzado. Sus zapatos eran más adecuados para la pista de un baile de los clubs de noche, que para el áspero sendero de la montaña.

Al fin, el cielo empezó a palidecer por el Este. Luego, adquirió un matiz rosado. Nacía el día cuando yo ya estaba por creer que

aquella noche no tendría fin. Los pájaros empezaron a cantar. Un débil rayo de sol hizo lo mejor que pudo para calentar nuestros hombros. Luego doblé una curva de la cornisa y vi mi automóvil.

Yacía en el fondo, apoyado sobre su parte trasera, y cerca de él flotaban los trozos de un neumático que parecían ofrecer la explicación de la causa de haberse deslizado por la carretera yendo a parar al barranco. La caída había sido violenta, puesto que estaba convertido en un montón de chatarra chamuscada.

Silenciosamente, se lo señalé a Susannah.

—Bastable —dijo ella.

Yo incliné la cabeza, asintiendo, y repuse:

—No es extraño que los policías no le pudiesen encontrar. Voy a bajar ahí.

Agarrándome a las rocas del escarpado, pude llegar hasta donde estaba el coche. El descenso fué laborioso. Se desprendían las piedras bajo el peso de mis pies, y mis botas arrancaban matas de hierba de la tierra arcillosa. Al fin llegué hasta el vehículo estrellado, que yacía sobre un trecho de roca desnuda. Me tumbé al suelo y miré por entre los hierros. Ni rastro de Bastable. Debía de haber sido despedido del coche en el vacío. Inspeccioné los alrededores cubiertos de escasa vegetación. Tampoco por allí se veía nada de él. De pronto oí encima de mi cabeza un fuerte y agudo alarido.

Levanté la mirada hacia el saliente rocoso donde había dejado a Susannah. En efecto, la mujer gritaba y retrocedía de algo o de alguien que había aparecido en su camino. El objeto andaba como un simio, tan encorvado que tocaba casi el suelo con las manos. Era una figura humana, desde luego, y llevaba la frente cubierta de cabello. Iba desnudo, a no ser por los jirones de una sábana puesta sobre otros tantos jirones de vestido. El costado que yo le veía tenía desgarrones en la carne viva, con trozos de ropa adheridos a ella por la sangre seca. Su fláccido rostro parecía contraerse a efectos de alguna emoción, Sus flojos labios se movían y chocaban entre, sí, emitiendo sonidos que semejaban gruñidos de animal y no palabras humanas.

Me di cuenta, súbitamente sorprendido, de que aquella parodia de ser humano representaba la fase final del embrutecimiento de Henry Bastable. Cuando Susannah logró reaccionar y se volvió,

echando a correr torpemente por el sendero hacia donde habíamos dejado la ambulancia, él se lanzó tras ella, con paso vacilante. Lancé un grito inarticulado, y me dispuse a trepar por la escarpada y resbaladiza superficie del risco por donde había bajado. En aquel preciso instante, Susannah tropezó con sus desnudos pies en una raíz y cayó de rodillas. El montón de carne que era ahora Bastable, se echó sobre ella, emitiendo un gruñido de triunfo, abiertas las manos cual garfios, y apuntando a la garganta de la mujer. Susannah se volvió rápidamente y se defendió con las uñas, rasgándole la cara, Bastable vaciló sobre sus pies, y se llevó las manos a los ojos chillando como un cerdo. Susannah rodó de costado. Rodó demasiado lejos, hasta el mismo borde del saliente y cayó por él.

En vano se agarraba a las plantas. Con el peso de su cuerpo desprendíanse éstas de la tierra blanda. Así rodó en medio de una avalancha de piedras y arcilla, casi hasta mis pies. Me arrodillé a su lado, y le pregunté si estaba herida.

—¡Solamente maltrecha! —repuso, intentando sonreír y pugnando por levantarse.

Bastable, plantado ahora sobre el saliente, blandía sus puños hacia nosotros, y producía un extraño y sordo ruido gutural. Con los jirones de ropa volando detrás de él, se lanzó por la escarpada pendiente. Me puse delante de Susannah para salir al encuentro de la bestia. No tardó en llegar frente y encima de mí, y se detuvo jadeante, sentado y encorvado el cuerpo.

Su pálido rostro aparecía rayado de arcilla, grasa de motor y sangre. Sus diminutos ojos despedían una luz que nada tenía que ver con la de un ser humano. Su boca abierta dejaba ver sus hileras de dientes De él parecía emanar el olor de algún animal.

Susannah lanzó un alarido cuando la bestia brincó hacia mí. La mayor parte de su peso dió contra mi pecho. Como yo me encontraba también en terreno inclinado, los dos rodamos por la pendiente. Sus largas y sucias uñas se clavaron en mis mejillas, avanzando implacablemente hacia los ojos, mientras íbamos rodando por el suelo. Bastable parecía haber encontrado en su locura una fuerza de la que antes carecía. Procuré apartar la cabeza del alcance de sus manos, y logré agarrarle con las mías por debajo de los hombros. Así pude deslizarlas por ambos lados de su cabeza

hasta que entrelacé mis dedos encima de su frente. Apreté en tal postura su cabeza hacia atrás, hasta que pensé que le rompería el cuello, pero súbitamente, él me golpeó simultáneamente con ambos puños en la cara, blandiéndolos como martillos, con lo que logró que yo aflojase mi presión por unos instantes.

Bastable consiguió soltarse, y se puso en pie de un brinco. Todavía pude agarrarle por una rodilla, pero él se volvió y me dió un puntapié en el mentón. Mientras caía de espaldas, vi cómo se lanzaba de nuevo contra Susannah. La cogió como si se hubiese tratado de una muñeca de trapo, y con ella en brazos se precipitó hacia los matorrales.

De nuevo corrí tras él. Cogí una piedra del tamaño de un balón de fútbol y se la arrojé, derribándole. Susannah cayó también, y quedó hecha un ovillo a unas yardas del loco. Ahora Bastable y yo estábamos sobre un trozo de roca desnuda. Yo me encontraba encima de él. Le cogí por las orejas y proyecté su cabeza contra el suelo. Me esforzaba por convencerme a mí mismo de que el individuo estaba loco, y que era cuestión de matar o que me matasen, de acuerdo con la rígida ley de la jungla. De pronto, oí que Susannah pronunciaba mi nombre a gritos. Cesé de machacar la cabeza de Henry y le eché una mirada detenidamente. Estaba muerto.

Me levanté poco a poco. Me sentía mal. Susannah tenía la cara más pálida que el vestido de enfermera que llevaba puesto. Sin pronunciar palabra, la cogí del codo, la hice volverse y la llevé lejos de allí.

—Necesito lavarme bien —murmuró—. Tengo aún la impresión de que me agarraba algo salido directamente del infierno.

—Lo mismo te digo —repuse.

Oímos voces en lo alto del risco, sobre la carretera. Miré hacia allí y vi a una pareja de jinetes. Policías a caballo, parados frente a la mellada brecha que Bastable había practicado en la valla con mi descapotable. Les llamé, agitando la mano al mismo tiempo. Uno de los policías estaba atando una cuerda a uno de los postes sólidos de la valla y empezó el descenso hacia nosotros. Me volví a Susannah, y le advertí:

—No tenemos más que un par de minutos de tiempo. Yo le mentiré a ese fulano en recuerdo de lo que hemos pasado juntos tú

y yo. No lo olvides. Habla de acuerdo con lo que yo diga. Me veré obligado a inventar algo ahora mismo.

Ella me miró con cara fatigada.

—No te molestes —indicó—. Ya empiezo a estar cansada de decir mentiras y andar a escondidas. Ahora que Ed ha muerto, creo que será mejor que limpie mi pasado y empiece una vida nueva.

El policía había llegado ahora al punto en que la pendiente era más suave. Avanzando desde allí en dirección a nosotros, pude observar la expresión sombría de su rostro. Al mirarle, Susannah me cogió de una mano y me la estrechó nerviosamente.

—Esto terminó, querido —me dijo—. ¡Adiós! —Y poniéndose de puntillas, levantó su rostro nacía mí. La besé. Ella continuó diciendo —: No sé qué me harán, pero si lograse salir de esto antes que los dos hayamos muerto de vejez, me gustaría que hubiese la posibilidad de encontrarnos un día para poderte decir «¡Hola!».

—Nos encontraremos, Susannah —le prometí.

—¡No! ¡Susannah, no! He terminado ya con todas las falsificaciones. Mi nombre es Josie. Nada más que Josie, una simple mujerzuela.

—Eres algo más que eso —le dije—. Aguarda hasta que yo le diga al juez cómo salvaste la vida de veinte criaturas. La justicia no olvida esas cosas, querida.

El caballista se acercó, y abrió inmensamente los ojos cuando reconoció a Josie.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Si será la enfermera que encontramos esta madrugada! ¿Y éste, no es el sujeto que iba camino de su casa paterna, para morir en ella?

—Ya se lo explicaré todo en la Jefatura —anunció Josie.

—A última hora decidí no morirme —expliqué al policía—. Creo que vivir es más divertido, después de todo.

El sol apartó la neblina del horizonte y alumbró de lleno nuestras caras. Josie acogió sus rayos con los ojos retadoramente abiertos, y dijo, sonriente:

—Me parece que hoy será un hermoso día.

FIN

Michael Lethbridge Gorell Barnes, usó el seudónimo de Ricky Drayton.



CUALQUIER MOMENTO ES BUENO...
D.D.T
CONTI
...PARA LEER
El DDT
LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA DE
TODOS LOS TIEMPOS
SOLO CUESTA 2 PTS.

Notas

[1] «*Novedades Laffalot y Cía*». < <

[2] «*Wally Borch, asesor en contabilidad y rentas*». <<

[3] «*Sociedad de inversiones “El Ladrillo de Oro”*». < <

[4] *«Particular»*. < <

[5] *Literalmente*: pies planos. *Se designa así en argot americano a los policías de ronda.* < <

[6] «Viejo Hotel Francés». <<